



**GUILLERMO SHAKESPEARE**

**JULIO CÉSAR**

VERSIÓN CASTELLANA

**DE**

**GUILLERMO MACPHERSON**

CON UN ESTUDIO PRELIMINAR

DE

**EDUARDO BENOT**

MADRID  
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.<sup>a</sup>

*Sucesores de Hernando*

Calle del Arenal, núm 11.  
1909

## PRÓLOGO.

El *Julio César* de Shakespeare fué impreso por vez primera en el in-folio de 1623, y, según Ulrici y otros célebres críticos, escrito en 1601; pero Payne Collier pretende probar que se escribió y representó antes de 1603, fundándose en la patente analogía que hace notar entre un trozo del drama de Drayton, intitulado *La guerra de los Barones*, publicado en ese año, y los siguientes versos del quinto acto de esta tragedia, puestos en boca de Marco Antonio cuando le anuncian la muerte de Marco Bruto:

Dulce su vida fué. Los elementos  
En él tan combinados, que bien pudo  
Orgullosa exclamar naturaleza:  
«Un hombre ahí ved,» al universo entero.

Los versos de Drayton y de Shakespeare son verdaderamente tan semejantes, que no cabe razonable duda de que los unos sean copia de los otros; y es natural suponer, aun cuando no existieran mas que recelos acerca del particular, que Drayton fué el plagiarlo; pero en realidad pueden aducirse argumentos sólidos para dar más fuerza á esta presunción.

Pudiera Shakespeare, acaso inconscientemente, haberse apropiado el pensamiento de Drayton, mas en este caso es difícil suponer que hubiera sido así; pues la mayor prueba que un poeta como este puede dar de creer que una idea le pertenece, es repetirla en sus obras, y Shakespeare repite este mismo pensamiento en el *Hámlet*, cuando en el famoso diálogo del tercer acto, entre Hámlet y su madre, el hijo indignado, celebrando á su padre, exclama:

.....Tal conjunto  
De belleza formado parecía  
En competencia por los Dioses todos  
Para mostrar lo que es un hombre al mundo.

Además, en las ediciones del drama *La guerra de los Barones* de 1605, 1607, 1608, 1610 y 1613, los versos de que se trata fueron impresos como aparecieron en la edición de 1603; pero en la de 1619, después de la muerte de Shakespeare, y, por consiguiente, antes de que se imprimiera el *Julio César* en el in-folio de 1623, Drayton introdujo una variación en ellos, con la cual acentuó aún más esta semejanza.

Enrique Víctor Hugo añade que, bajo la fe de la generalidad de los comentaristas, por largo tiempo creyó que el *Julio César* fué escrito en los últimos años de la vida del poeta; pero que el estudio profundo del texto le ha demostrado lo erróneo de esta opinión; pues en este drama no aparece aún esa forma precisa y potente que revelan las últimas producciones de Shakespeare, esa frase lacónica hasta la brusquería, elíptica hasta la oscuridad, condensada hasta el punto de reunir en las menos palabras que es posible la mayor posible cantidad de ideas.

En el *Julio César* se observa más claridad en los pensamientos, más limpieza en la frase, más verbosidad, lenguaje más redondo y fácil, indicando que fué escrito en la

época que la crítica alemana ha denominado la segunda de Shakespeare, ó séase entre los años 1592 y 1598, cuando el Gran Dramático produjo el *Ricardo III*, *El Mercader de Venecia*, *Sueño en noche de Verbena*, *Romeo y Julieta* y otras obras.

Halliwell viene también á confirmar estas opiniones; pues afirma que Weever, en su *Espejo de Mártires* publicado en 1601, alude al discurso de Marco Antonio, y que evidentemente tuvo á la vista, no el texto de Plutarco, sino la oración que Shakespeare pone en boca del futuro triunviro ante el cadáver de César. Voltaire, aunque á veces se siente fascinado por el genio de Shakespeare, como se sentía á veces Moratín también, no pudo ni por un momento sacudir el yugo de sus prejuicios, y al hablar de esta tragedia, la censura duramente porque la acción es doble y porque no hay verdadero héroe en ella; y realmente si se la juzga por los cánones clásicos, es quizá una de las más defectuosas del teatro Shakesperiano. Mas como el objeto del autor no es dramatizar la muerte de César, ni encomiar la virtud de Bruto, ni patentizar las premeditaciones de Casio, ni hacer ver el mundanal talento de Marco Antonio, ni, en una palabra, dramatizar un suceso aislado en la vida de un héroe, no puede ser juzgado por leyes aplicables al caso.

El *Julio César* forma la segunda parte de la trilogía romana que escribió Shakespeare para manifestar cómo iba muriendo la República y cómo se iba aproximando el Imperio, tarea literaria tan legítima como lo es la de escribir un drama ajustado á clásicos dogmas. Esta trilogía principia con el *Coriolano*, en donde vemos á Roma joven todavía. Sigue con el *Julio César* representando una Roma adulta, y acaba con *Marco Antonio y Cleopatra* que nos muestra una Roma caducando ya.

Shakespeare en esta obra acaso juzga injustamente á César, realzando sus defectos y no acentuando sus virtudes; pero lo juzga como lo juzga Plutarco y como lo juzgaba el pueblo inglés en vísperas de su revolución. No son imputables á Shakespeare equivocaciones que sólo la profunda crítica histórica de más modernos tiempos ha logrado desvanecer. Él se atuvo á la historia de Plutarco, y para él Julio César era sobre todo un ser ambicioso que pretendía mermar las libertades patrias.

Maravilla que con semejantes prejuicios un poeta se muestre tan imparcial como Shakespeare aparece en esta obra, en la que con asiduo cuidado y con escrupulosa honradez procura atenerse á lo que juzga la verdad histórica.

Quiso evidentemente dramatizar los incidentes de aquel interesante período de la historia de Roma, ateniéndose á las Vidas de Julio César y de Marco Bruto escritas por Plutarco, y conserva y glosa aun lo anecdótico y trivial que en esas Vidas se encuentra; pero de manera tan natural introduce en las diferentes escenas de su tragedia el texto de esas biografías, que es difícil conocer cuándo copia ó cuándo inventa sin tener el original delante ó sin tener muy feliz memoria.

El pronóstico de la muerte de César por el adivino, su ratificación más tarde; el aviso de Artemidoro; la ofrenda que se vió no tener corazón; el sueño de Calpurnia; las vacilaciones de César, su preocupación con respecto á la esterilidad de las mujeres, su antipatía á la gente flaca; todas las circunstancias referentes al juramento de los conjurados; el carácter de Ligario; la exclusión de Cicerón por los conjurados; las relaciones de Porcia hacia Bruto; la prueba de que habla, sus quejas; la contestación de Bruto á Porcia, su intranquilidad, su salida de casa; la pregunta de Casio á Bruto de si se conoce; los anónimos; los accidentes todos de la muerte de César; la manera de hacer á César ir al Capitolio propuesta por Decio Bruto; la conducta de Marco Antonio inmediatamente después de la muerte de César; el sueño del poeta Cina, su muerte por haberlo confundido el pueblo con Cina el conspirador; la disputa de Bruto y Casio. su reconciliación antes de la batalla, su discusión acerca de si el hombre debe ó no suicidarse; la equivocación de Bruto creyendo perdida la batalla, su ambiguo éxito al

principio; el suicidio de Bruto, el de Casio, la muerte de éste con la misma arma que hirió á César,—todo esto y mucho más se encuentra en las biografías de Plutarco y en el *Julio César* de Shakespeare.

¡Cuán equivocados están los que imaginan que Shakespeare escribía únicamente á impulsos de lo que se da en llamar inspiración!

Con la lectura de este drama queda probado el gran esmero que ponía al escribir sus obras. En esta pretende casi ser historiador, ateniéndose, como queda dicho, con una escrupulosidad que pasma, á lo que considera ser la verdad. Por otra parte, las que para menor inteligencia serían seguramente insuperables ligaduras, para aquel ingenio brillante no resultan ni aun estorbo siquiera; y, sin apartarse un punto de la historia que le sirve de base, traza cuadros tan animados y sorprendentes, cual no los ha producido la imaginación que menos trabas se haya impuesto.

La conversación del primer acto entre Bruto y Casio, cuando éste trata de indagar cómo piensa su amigo; la escena también del primer acto entre Casio y Cina; el pacto entre los conjurados; las quejas de Porcia á su esposo; el discurso de Marco Antonio ante el cadáver de César, y la disputa y reconciliación de Bruto y Casio, son muestras de lo que puede hacer el ingenio humano en obras literarias apropiándose la historia.

Shakespeare, con profundo conocimiento del corazón y con arte superior, presenta—sin faltar á la verdad histórica de su siglo—como personaje escasamente simpático á César, cuando ya empañaban su gloria militar las nubes de su desordenada ambición pretendiendo ser rey, y cuando despreciaba el poder del Senado y abyectamente adulaba á la plebe; y logra así no conmovier por demás con aquel alevoso asesinato las fibras sensibles de su auditorio, conservando vivo hasta el final el interés de su tragedia, que en realidad lo mismo se podría intitular Marco Bruto ó Cayo Casio ó Marco Antonio, que Julio César.

## PERSONAJES.

JULIO CÉSAR.

OCTAVIO CÉSAR. Triunviro después de la muerte de César.

MARCO ANTONIO. Triunviro después de la muerte de César.

M. EMILIO LÉPIDO. Triunviro después de la muerte de César.

CICERÓN. Senador.

POPILIO LENA. Senador.

MARCO BRUTO. Conspirador.

CASIO. Conspirador.

CASCA. Conspirador.

DECIO BRUTO. Conspirador.

METELO CÍMBER. Conspirador.

CINA. Conspirador.

ARTEMIDORO. Sofista de Gnido.

UN ADIVINO.

CINA, un poeta.

OTRO POETA.

LUCILO. Amigo de Bruto y Casio.

TITINO. Amigo de Bruto y Casio.

MÉSALA. Amigo de Bruto y Casio.

CATÓN, el joven. Amigo de Bruto y Casio.

VOLUMNIO. Amigo de Bruto y Casio.

VARRO. Siervo de Bruto.

CLITO. Siervo de Bruto.

LUCIO. Siervo de Bruto.

DARDANO. Siervo de Bruto.

PÍNDARO, siervo de Casio.

CALPURNIA, mujer de César.

PORCIA, mujer de Bruto.

*Senadores, ciudadanos, guardias, servidores, etc.*

La escena pasa en los tres primeros actos en Roma. El cuarto en Sardis y el quinto en Filipos.

## ACTO PRIMERO

### ESCENA PRIMERA.

Roma.—Una calle.

Entran FLAVIO, MARULO y una turba de CIUDADANOS.

FLAVIO. Idos á vuestras casas, gente ociosa.  
A vuestras casas. ¿Por ventura es fiesta?  
¡Qué! ¿no sabéis que siendo menestrales  
Debéis llevar en días de trabajo  
De vuestra profesión el distintivo?  
Habla, ¿qué oficio tienes?

CIUD. 1.º Carpintero.

MARULO. ¿Dónde está tu mandil? ¿dónde tu regla?  
¿Por qué te vistes tus mejores galas?  
Y tú, ¿qué oficio tienes?

CIUD. 2.º Francamente,

con relación á trabajos finos, no hago, como si dijéramos, más que remendar.

MARULO. —¿Pero qué oficio es el tuyo? Contesta de seguida.

CIUD. 2.º —Oficio, señor, que espero seguir con la conciencia limpia, pues compongo lo que el roce del mundo desgasta.

MARULO. —Bribón, ¿qué oficio? Bribonazo, ¿qué oficio?

CIUD. 2.º —Suplico que no te descompongas; pero si te descompones, puedo componerte.

MARULO. —¿Qué quieres decir con eso? ¡Componerme, tunante!

CIUD. 2.º —Sí, señor, remendaros

MARULO. —Con que eres remendón, ¿no es eso?

CIUD. 2.º —Verdaderamente, vivo sólo de la chabeta; y no me meto ni en negocios ni con mujeres para no perderla. Soy, hablando con propiedad, cirujano de calzas viejas: cuando están lisiadas, yo las curo. Hombres tan de pro como los que más, han hecho camino con mis obras.

FLAVIO.—Pero ¿por qué no estás hoy en tu tienda? ¿Por qué vas capitaneando á estas gentes por las calles?

CIUD. 2.º —Francamente, para que gasten el calzado y procurarme mayor parroquia; pero, á decir verdad, holgamos por ver á César y regocijarnos en su triunfo.

MARULO. ¿Por qué regocijaros? ¿qué conquista  
Consiguió? ¿qué cautivos hoy en Roma  
Son de las ruedas de su carro adorno?  
Torpes, estultos, seres insensibles,  
Pechos de pedernal, crueles Romanos,  
¿Olvidáis á Pompeyo? ¿Cuántas veces  
Muros, resaltos, torres y ventanas  
Ocupasteis, llevando á vuestros hijos  
En brazos, y esperasteis todo un día  
Allí pacientes para ver de Roma  
Al gran Pompeyo atravesar las calles?

¿Y su carroza al divisar, no hendieron  
Vuestros gritos los aires de tal modo  
Que el Tíber en su cauce retemblaba  
Al escuchar los repetidos ecos  
Que en sus cóncavas márgenes vibraron?  
¿Y ahora os ponéis vuestro mejor vestido?  
¿Y ahora queréis fraguaros una fiesta?  
¿Y ahora esparcís en su sendero flores  
Porque pisó la sangre de Pompeyo?

Idos:

Idos á vuestras casas. De rodillas  
Impetrad de los Dioses que las plagas  
Que pide tanta ingratitud suspendan.

FLAVIO. Idos, paisanos míos. Penitentes,  
A los hombres reunid de vuestra clase,  
Y al Tíber id; y con el llanto vuestro  
Sus afluentes acreced de modo  
Que sus orillas más excelsas besen.

(Vanse los ciudadanos.)

¡Mira cómo cedió su temple rudo!  
¡Huyen amordazados por su culpa!  
Del Capitolio tú la senda toma.  
Yo por aquí. Despoja á sus estatuas  
De todo adorno.

MARULO. ¿Pero puede hacerse?

Hoy son las Lupercales. Bien te consta.

FLAVIO. Importa poco. Ni una imagen deja  
De César con trofeos adornada.  
Yo arrojaré á las turbas de las calles,  
Y tú también si ves reunirse grupos.  
Las plumas estas, por demás crecidas,  
Que á las alas de César arrancamos,  
Harán que vuelo más rastrero tome;  
Pues si no, lo perdiéramos de vista,  
Sumiendo a todos en servil espanto. (Vanse.)

## ESCENA II.

Roma.-Una plaza pública.

Entran, procesión con música, CÉSAR, ANTONIO ataviado para las carreras, CALPURNIA, PORCIA, DECIO, CICERÓN, BRUTO, CASIO y CASCA. Gran muchedumbre los sigue, entre ellos un ADIVINO.

CÉSAR.           ¡Calpurnia.  
CASCA.            Callen todos. César habla.  
                  (Cesa la música.)  
CÉSAR.           ¡Calpurnia!  
CALPUR.          ¿Qué, señor?  
CÉSAR.            Cuando corriere  
                  Antonio, ponte en su camino.—¡Antonio!  
ANTONIO.        César, Señor.  
CÉSAR.            Antonio, no te olvides  
                  De tocar á Calpurnia cuando corras.  
                  Los viejos dicen que mujer estéril  
                  Que se tocare en tan sagrado curso,  
                  Será fecunda.  
ANTONIO.        Lo tendré presente.  
                  Si dice César «Eso harás,» se hace. (Música.)  
CÉSAR.            Seguid. No falte ceremonia alguna.  
ADIVINO.        ¡César!  
CÉSAR.            ¿Quién llama?  
CASCA.            Que se callen todos.  
                  Silencio ya. (Cesa la música.)  
CÉSAR.            ¿Quién es el que me llama?  
                  Más fuerte que la música, vibrante  
                  Humana voz oigo gritarme «¡César!»  
                  Habla, que César se dispone á oírte.  
ADIVINO.        De los idus de marzo desconfía.  
CÉSAR.            ¿Quién es?  
BRUTO.            Un adivino que guardarte  
                  De los idus de marzo te aconseja.  
CÉSAR.            Tráiganlo aquí. Le quiero ver el rostro.  
CASIO.            Sal tú de entre la turba; mira á César.  
CÉSAR.            Ahora ¿qué dices? Habla nuevamente.  
ADIVINO.        De los idus de marzo desconfía.  
CÉSAR.            Un soñador. Dejémosle.—Adelante.  
                  (Música. Vanse todos menos Bruto y Casio.)  
CASIO.            ¿Vas á ver cómo salen las carreras?  
BRUTO.            No tal.  
CASIO.            Te lo suplico.  
BRUTO.            No me gustan  
                  Los juegos. Algo de ese genio alegre  
                  Que en Antonio se ostenta, me hace falta  
                  Pero tus gustos impedir no quiero.



Te dejo, Casio.

CASIO. Bruto, he observado  
Que de los ojos tuyos la indulgencia  
Y el cariño de antes no recibo;  
Y tu reserva y tu frialdad son hartas  
Para el amigo que te quiere.

BRUTO. Casio,  
Te equivocas. Velar mis ojos quise,  
Para que yo tan solo percibiese  
El dolor que se asoma á mi semblante.  
Por contrarias pasiones conmovido  
Me encuentro: por ideas que me callo,  
Fundamento, quizás, de mi conducta.  
Así que mis amigos no se ofendan,  
Y entre ellos sabes, Casio, que le cuento.  
Ni penséis que motiva mi desvío  
Ninguna otra razón, sino que olvida  
Su amor á los demás el triste Bruto  
En esta lucha que consigo trae.

CASIO. Mal, Bruto, entonces te juzgué. Por eso  
Importantes ideas, serias dudas  
He sepultado en este pecho mío.  
Dí, Bruto, ¿puedes tú verte la cara?

BRUTO. No, Casio. No se pueden ver mis ojos  
Si otro objeto no logra reflejarlos.

CASIO. Verdad; y es grande lástima que espejo,  
Bruto, tú no poseas que refleje  
A tus ojos tus méritos ocultos,  
Y así tu imagen contemplar podrías  
A la gente mejor que Roma encierra—  
Excepto César inmortal—hablando  
De Bruto, oí decir, al lamentarse  
Del triste yugo que esta edad soporta:  
Que ojalá que los ojos Bruto abriera.

BRUTO. ¿A qué peligros me conduces, Casio,  
Que en mí lo que no hay quieres que busque?

CASIO. Escucha, entonces, Bruto; y ya que sabes  
Que sólo por reflejo puedes verte,  
Tu espejo yo, descubriré modesto  
Lo que existe en tu ser que no conoces.  
Y no dudes de mí, Bruto querido,  
Que nunca fuí chancero, ni acostumbro  
Con juramentos sazonar protestas  
De amistad á cualquier advenedizo.  
Si imaginas que adulo, que á persona  
Que á mi pecho he estrechado vilipendio,  
O si te consta que en festines hice  
Protestas de amistad á todo el mundo,  
Por nombre entonces peligroso tenme.  
(Clarines y gritos.)

BRUTO. ¿Qué significan estos gritos? Temo  
Que aclama por su rey la gente á César.

CASIO. ¡Ah, lo temes! ¿no es cierto? Pues entonces  
Debo pensar que no te agrada.

BRUTO. Casio,  
Es verdad; y le quiero bien no obstante.  
Mas ¿por qué me detienes tanto tiempo?  
¿Qué me quieres decir? Si fuere cosa  
Que con el bien común se relacione,  
Pon la honra y la muerte ante mis ojos,  
Y con igual impavidez la vista  
En ambas fijaré. Porque á los Dioses  
Juro yo que es mi amor de la honra al hombre  
Más grande que mi miedo de la muerte.

CASIO. Tu ingénita virtud conozco, Bruto,  
Lo mismo que conozco tu semblante.  
Pues bien: se trata de la honra. Ignoro  
Lo que pensáis tú y otros de esta vida.  
En cuanto á mí, mejor vivir no quiero  
Que vivir y temer á un semejante.  
Libre nací cual César. Tú lo propio.  
Ambos fuimos cual él alimentados;  
Y ambos podemos soportar el frío  
Del invierno cual él; pues cierto día  
Tempestuoso y crudo, en que luchaba  
Con sus playas el Tíber agitado,  
César me dijo: «Casio: ¿te atrevieras  
A echarte en la colérica corriente  
Y aquel punto alcanzar?» Con mi armadura  
Vestido como estaba, al escucharlo,  
Me arrojé, convidándole á seguirme.  
Y lo hizo. Rugía la corriente  
Que con músculos rudos azotamos,  
Abriéndonos camino al afrontarla  
Con intrépidos pechos; pero antes  
De llegar á aquel punto, César grita:  
«Dame tu auxilio, Casio, ó me sumerjo.»  
Cual nuestro insigne antecesor Eneas  
De la incendiada Troya al viejo Anquises  
Sacó sobre sus hombros, yo al casado  
César saqué del Tíber; y este hombre  
Ahora es un Dios, y Casio un miserable  
Que el cuerpo tiene que inclinar si acaso  
César le inclina, al verle la cabeza.  
En España, una vez que fiebre tuvo,  
Observé cual temblaba en el acceso.  
No; no lo dudes.—¡Este Dios temblaba!  
Huyó el color de sus cobardes labios;  
Y esos ojos, que espanto al mundo infunden,  
Su luz perdieron. Le escuché quejarse,

Sí tal; y era su voz que á los Romanos  
Aconsejó la oyeran y en sus libros  
Sus frases escribir—¡quién lo creería!—  
«Titino, dame de beber,» gritaba,  
Como niña doliente. Causa asombro,  
¡Oh Dioses! que hombre de tan débil fibra

### Sea el primero de este inmenso mundo

BRUTO Y se lleve la palma. (Clarines y gritos.)  
¡Aun mas aclamaciones!

CASIO. Me pienso que motivan los aplausos  
¡Nuevos honores con que á César brindan.  
¡Vaya! Se apoya sobre el mundo estrecho  
Cual coloso. Nosotros ¡pobres hombres!  
Bajo sus grandes piernas caminamos  
En pos de deshonrosas sepulturas.  
Es de su suerte dueño el hombre á veces,  
No es culpa de los astros, caro Bruto,  
Es culpa nuestra que vivamos siervos.  
¡César y Bruto! ¿Qué hay en ese César?  
¿Por qué ese nombre suena más que el tuyo?  
Escritos, son iguales: pronunciados,  
Igual cadencia tienen. Si se pesan,  
Pesan lo mismo. Conjurar se puede  
Con ambos, y un espíritu tan presto  
Con Bruto se alzaré como con César.  
Pues bien, en nombre de los Dioses todos  
Para tan grande ser el César este,  
¿De qué se alimentó? ¡Funesto siglo!  
Tu raza, Roma, de preclara sangre  
No existe ya. Desde el diluvio, ¿cuándo  
Hubo época alguna en que existiera  
Un hombre nada más digno de fama?  
¿Quién jamás, al hablar de Roma, dijo  
Hasta este instante, que sus anchos muros  
Un hombre solamente contenían?  
Ya Roma es grande... y por demás, pues sólo  
Un hombre en ella vive. ¡Oh! nuestros padres  
Á tí y á mi de un Bruto nos contaron  
Que su solio asentar dejara en Roma  
Al diablo antes que á un rey.

BRUTO. Tu amistad ni un instante pongo en duda.  
Tus fines, incitándome, vislumbro.  
Cómo y cuándo he pensado en estas cosas  
Sabrás más adelante. Por ahora,  
Por mi amistad te lo suplico, cesa  
De conmovirme más. Lo que me has dicho  
Pesaré. Lo que tengas que decirme  
Oiré con atención, y tiempo propio  
Para oír y tratar tan importantes

Asuntos buscaré. Mi buen amigo,  
Hasta ese instante lo que digo rumia.  
Bruto más se estimara ruin villano.  
Que cual hijo de Roma se estimara  
Soportando las duras condiciones  
Que estos tiempos acaso nos impongan.

CASIO. Celebro que mis débiles palabras  
De Bruto al menos estas chispas saquen.

BRUTO. Los juegos terminaron. César vuelve.

CASIO. De la manga al pasar á Casca tira:  
Te contará con su acritud de siempre  
Cuanto hubiere ocurrido de importancia  
(Vuelve á entrar César con su séquito.)

BRUTO. Así lo pienso hacer; mas mira, Casio;  
La cólera en la faz de César arde,  
Azorados están los que le siguen,  
Pálida la mejilla de Calpurnia;  
Y Cicerón, cual comadreja, chispas  
Va echando por los ojos, como suele  
Cuando algún senador le contradice.

CASIO. Casca nos contará lo que ha ocurrido.

CÉSAR. ¡Antonio!

ANTONIO. ¡César!

CÉSAR. Haz que me circunde  
Gente obesa y peinada y que no vele.  
¡Qué flaco! ¡qué famélica apariencia  
Es la de Casio! Por demás cavila,  
Y tales hombres son muy peligrosos.

ANTONIO. No es peligroso, no le temas, César;  
Es honrado Romano y bien dispuesto.

CÉSAR. ¡Más grueso lo quisiera! Mas ¡no importa!  
Y, sin embargo, si al temor sensible  
Fuera mi sér, de nadie recelara  
Cual de ese enjuto Casio. Mucho estudia;  
Es gran observador, y los motivos  
Ve de humanas acciones. Nunca, Antonio,  
Cual asistes, asiste á las comedias;  
No oye música, rara vez sonrío,  
O sonrío de modo que parece  
Mofarse de sí mismo, despreciando  
El buen humor que á sonreír le obliga.  
Tales hombres jamás dicha disfrutan  
Mientras ven otro que les hace sombra,  
Y son peligrosísimos por tanto.  
Te digo yo lo que temerse debe,  
No lo que temo yo: siempre soy César.  
A mi diestra colócate; soy sordo  
De este oído. Qué piensas de él deseo  
Que con completa ingenuidad me digas.  
(Vanse César y su séquito, excepto Casca.)

CASCA. —Me tiraste del manto. ¿Querías hablarme?

BRUTO. —Sí, Casca. Cuéntanos qué ha pasado hoy y qué motiva el que César esté tan abatido.

CASCA. —Pues le ofrecieron una corona; y, ofrecida que le fué, la apartó de sí con la mano, y el pueblo le vitoreó.

BRUTO. —¿Qué motivó el segundo clamoreo?

CASCA. —Pues lo mismo.

CASIO. —Gritaron tres veces. ¿Qué motivó la última aclamación?

CASCA. —Pues lo mismo.

BRUTO. —¿Le ofrecieron tres veces la corona?

CASCA. —Sí, señor, y la apartó de sí tres veces; pero cada vez con más suavidad, y cada vez que la apartaba de sí mis humildísimos convecinos le vitoreaban.

CASIO. —¿Quién le ofreció la corona?

CASCA. —Pues Antonio.

BRUTO. —Dínos cómo, amigo Casca.

CASCA. —Ahórquenme si puedo decir cómo fué aquello. Fué una pura farsa, y no presté atención. Vi á Marco Antonio ofrecerle una corona, que, á derechas, no era una corona, sino una especie de diadema; y, como os decía, la separó de sí una vez; pero aunque eso hizo, á mí me pareció como que la quería atrapar. Luego se la ofreció otra vez, y nuevamente la apartó de sí, pero á mí me pareció como que le disgustaba separársela de sus manos; y luego se la ofreció la tercera vez, y la apartó de sí por tercera vez; y, mientras que así la rehusaba, la chusma gritaba y aplaudía con sus callosas manos, echando al aire sus sudosos gorros y exhalando tantos y tan apestosos clamoreos porque César había rehusado la corona, que casi lo asfixiaron, pues se desmayó y cayó redondo. Yo, por mi parte, no me atreví á reirme, por temor de que al abrir mi labios se me colase ese aire inmundado.

CASIO. —Pero, párate, te ruego. ¿Se desmayó César?

CASCA. —Cayó al suelo en la plaza, echando espumarajos por la boca y quedó sin habla.

BRUTO. —Es probable. Padece el mal caduco.

CASIO. —No; César no tiene ese mal. Tú y yo y el honrado Casca, si que tenemos el mal caduco.

CASCA. —No sé qué quieres decir con eso, pero estoy seguro de que César cayó al suelo. Y era de ver cómo la turbamulta le aplaudía ó le silbaba, del mismo modo que hacen con los cómicos en el teatro.

BRUTO. —¿Qué dijo cuando volvió en sí?

CASCA. —¡Vaya! antes de caer y cuando se enteró de que la muchedumbre se alegraba de que rehusara la corona, desabrochóse, presentando su cuello para que se lo cortasen. ¡Váyame al infierno entre los réprobos si, á ser del oficio, no le hubiera cogido la palabra! Y en esto cayó. Cuando volvió en sí, manifestó que si había dicho ó hecho algo que les desagradara, que se persuadiesen sus señorías que era por razón de su mal. Tres ó cuatro mujerzuelas que se hallaban junto á mí exclamaron: «¡Ay, qué buen alma!» y lo perdonaron de todo corazón; pero no hay que hacerles gran caso; pues, si César hubiera dado de puñaladas á sus madres, no hubieran dicho menos.

BRUTO. —¿Y después de esto se vino tan abatido?

CASCA. —Sí.

CASIO. —¿Cicerón dijo algo?

CASCA. —Sí. Habló en griego.

CASIO. —¿Sobre qué?

CASCA. —Largo tiempo esperarás, si esperas á que yo te lo diga. Sin embargo, los que lo entendían miráronse y sonrieron moviendo sus cabezas; pero para mí fué griego. Podría daros aún más nuevas. Han puesto á buen recaudo á Marulo y á Flavio por haber despojado de sus adornos las estatuas de César. Aun más necedades pudiera referir si las recordara.

CASIO. —¿Quieres cenar conmigo esta noche, Casca?

CASCA. —No: estoy comprometido.

CASIO. —¿Comerás conmigo mañana?

CASCA. —Sí tal, si vivo, si eres de la misma opinión y si tu comida vale la pena de ser comida.

CASIO. —Corriente. Te esperaré.

CASCA. —Hazlo. Salud ambos. (Vase.)

BRUTO. Con los años, ¡qué áspero se ha vuelto!  
Y era, al ir á la escuela, de buen temple.

CASIO. Lo es, aunque tan toscas formas gaste,  
Si se trata de audaz y noble empresa.  
Su rudeza es la salsa de su ingenio,  
Y hace á las gentes digerir sus frases  
Con mejor apetito.

BRUTO. Verdad. Te dejo ahora. Si es que quieres  
Conmigo hablar, iré mañana á verte,  
O á mi casa ven tú, si así te place.

CASIO. Iré Piensa hasta entonces en el mundo.

(Vase Bruto.)

Honrado eres tú, Bruto; mas sin duda  
Ese honrado metal puede en la forja  
Temple perder. Por eso es conveniente  
Que el alma noble con su igual se trate.  
¿Quién á la seducción siempre fué sordo?  
César me odia; pero quiere á Bruto.  
Si fuese Bruto yo, y él fuese Casio,  
No me engañara, no. Varios escritos  
Esta noche echaré por la ventana  
Cual si partieran de diversa gente:  
Todos hablando del respeto grande  
Con que su nombre se pronuncia en Roma,  
E indicando de paso y con embozo  
De César la ambición. Después, que César  
A la silla se agarre. O lo botamos,  
O á soportar mayores males vamos. (Vase)

### ESCENA III.

Roma — Una calle.

Truenos y relámpagos.

Entran en direcciones opuestas CASCA con la espada  
desenvainada y CICERÓN.

CICERÓN. Casca, salud. ¿Llevaste á casa á César?  
 ¿Por qué tan sin aliento y espantado?

CASCA. ¿No te conmueve ver la tierra firme  
 Vacilante temblar? Yo tempestades  
 He visto, Cicerón, en las que el viento  
 Tronchó con frenesí nudosa encina.  
 He visto al mar en su ambición, rugiente,  
 Hinchado y espumoso, confundirse  
 Pretender con la nube amenazante.  
 Mas nunca hasta esta noche, hasta ahora mismo,  
 Ví tempestades en que el fuego llueve.  
 O hay en los cielos intestina lucha,  
 O con los Dioses enojado el mundo  
 Su destrucción impávido provoca.

CICERÓN. Cierto. ¿Has visto fenómeno más raro?

CASCA. Un siervo—tú de vista lo conoces—  
 Alzó su mano izquierda, y llameaba  
 Ardiendo cual si fuese veinte antorchas,  
 Sin sentir impresión y sin quemarse.  
 Aún más—mi diestra aun la espada empuña,—  
 Hallé un león rondando el Capitolio,  
 que, torvo huyendo, con furor me mira  
 Sin dañarme. Cien pálidas mujeres  
 En un grupo reunidas, trastornadas  
 por el terror, que vieron me juraron  
 Ir las gentes ardiendo por las calles.  
 En el mercado ayer aves nocturnas  
 Viniéronse á posar al mediodía  
 Graznando y ayeando. Cuando ocurren  
 Tales prodigios, no nos digan luego:  
 «Es natural y son sus causas éstas...»  
 Pues, en mi juicio, anuncios portentosos  
 Para los pueblos son que así señalan.

CICERÓN. Rara época es; pero estas cosas  
 Cada cual interpreta á su manera  
 Sin encontrar su conexión precisa.  
 ¿Viene César mañana al Capitolio?

CASCA. Sí; pues á Antonio le ordenó mandarte  
 Aviso de que allí mañana iría.

CICERÓN. Buenas noches. El cielo airado. Casca,  
 Impide pasear.

CASCA. Muy buenas noches,  
 Cicerón. (Vase Cicerón.)

Entra CASIO.

CASIO. Dí, ¿quién eres?

CASCA. Un romano.

CASIO. Por tu voz, eres Casca.

CASCA. Buen oído.

CASIO.                    ¡Qué horrenda noche, Casio!  
                                   Noche hermosa  
 Para un hombre de bien.

CASCA.                    ¡Quién viera nunca  
 Un cielo tan airado!

CASIO.                    Quienes vieran  
 Tan repleto de crímenes el mundo.  
 Por mi parte, las calles recorriendo,  
 Desprecié los peligros de esta noche,  
 Y cual me ves aquí, desabrochado,  
 A las centellas desnudé mi pecho;  
 Y al cruzar los relámpagos azules,  
 Que el seno abrir del cielo parecían,  
 Yo me ofrecí cual blanco de su golpe.

CASCA.                    Pero, ¿por qué tentar así á los cielos?  
 Toca al hombre temblar y estremecerse  
 Cuando emisarios mandan tan terribles  
 Los altos Dioses para espanto nuestro.

CASIO.                    ¡Cuán torpe, Casca, eres! O te falta  
 Ese fuego vital que es de romanos,  
 O no lo muestras. Pálido te veo,  
 Pusilánime, dándote al asombro  
 Al ver del cielo la tremenda furia;  
 Pero si tú las causas comprendieras  
 Del por qué de esos fuegos, de esas sombras  
 Que vagan; de por qué brutos y aves  
 Su calidad y sus instintos pierden;  
 Por qué los viejos juegan, y los niños  
 Cavilan, y por qué los seres todos,  
 Leyes, naturaleza y facultades  
 Contraviniendo, monstruos aparecen...  
 Si eso vieras, verías que los cielos  
 Con su espíritu mismo los animan,  
 Y como medios de terror los usan  
 Para anunciarnos monstruosos males.  
 Ahora bien, Casca: te hablaré de un hombre  
 Cual la noche que así relampaguea,  
 Y truena y los sepulcros abre, y ruge  
 Como ruge el león del Capitolio;  
 De un hombre á quien tú igualas y yo igualo  
 En su íntimo ser, mas que ha crecido  
 Tan gigante y se muestra tan terrible  
 Cual estas espantosas conmociones.

CASCA.                    ¿César no es ése de quien hablas, Casio?

CASIO.                    Sea quien sea. Músculos y nervios  
 Hoy tienen los romanos, cual tenían  
 Nuestros antecesores; mas ¡ay triste!  
 Muertas las almas ya de nuestros padres,  
 De madres el espíritu nos rige,  
 Que es femenil nuestra humildad indigna.



- CASCA. Mañana, según dicen, el Senado  
A César aclamar por rey pretende;  
Y exceptuando Italia, en todas partes,  
Por mar y tierra, llevará corona.
- CASIO. Sé dónde entonces llevaré mi daga.  
Casio de esclavitud á Casio indulta.  
Así, Dioses, hacéis al débil fuerte;  
Así, Dioses, postráis á los tiranos.  
Ni alta torre de piedra, ni muralla  
Hecha de bronce, ni escondida cárcel,  
Ni eslabones de hierro ponderosos  
El vigor del espíritu aprisionan.  
Harta la vida de mortales trabas,  
Siempre el poder de eliminarse tiene.  
Esto sé yo, y el mundo entero sepa  
Que la parte de yugo que me toque,  
Yo sabré sacudir cuando me plazca.  
(Sigue tronando.)
- CASCA. Y yo también, y á todo el mundo es dado  
Su servidumbre cancelar si quiere.
- CASIO. ¿Por qué ha de ser tirano entonces César?  
¡Pobre hombre! quizás no fuera lobo  
Si ovejas no creyese á los Romanos.  
León no hubiera sido á no ser ciervos  
Los Romanos. Incendio formidable  
Con míseras aristas se promueve.  
¿Qué andrajo, qué desecho, qué inmundicia  
Es Roma que á propósito se juzga  
Para alumbrar cosa tan vil cual César?  
Pero ¡ay de mí! ¿á dónde me conduces?  
Hablo quizás con voluntario siervo;  
Tendré que responder de mis palabras,  
Mas armas llevo y de peligros mofo.
- CASCA. Hablas á Casca, y hablas con un hombre  
Que charlatán no es.—Dáme tu mano.—  
Procura conjurar estas desdichas,  
Y este pie marchará tan adelante  
Como el que marche más.
- CASIO. El trato acepto.  
Ahora, Casca, sabrás que he convencido  
Á algunos nobilísimos Romanos,  
Para una empresa acometer unidos  
De honrosas y arriesgadas consecuencias.  
Me aguardan en el atrio de Pompeyo  
En este instante. En tan horrenda noche  
No recorre las calles gente alguna.  
Los elementos animar parecen  
La obra que traemos entre manos,  
Feroz y sanguinaria y espantosa.
- CASCA. Apártate, que alguno aquí se acerca.

CASIO. Es Cina. Lo conozco por los pasos.  
Amigo es.

Entra CINA.

CINA. ¿Adónde tan aprisa?  
En busca tuya vengo. ¿Quién es ése?  
¿Es, dí, Metelo Címber?

CASIO. No tal; Casca.  
Un afiliado en vuestra empresa.—Díme  
¿No contabais conmigo?

CINA. Lo celebro.  
¡Qué horrenda noche! Extraordinarias cosas  
Dos ó tres de los nuestros observaron.

CASCA. ¿No contabais conmigo?

CINA. Sí, por cierto.  
¡Oh Casio, si pudieras  
Hacer que el noble Bruto nuestro fuese!...

CASIO. Ten calma. Toma este papel, buen Cina.  
Sobre la silla pretorial de modo  
Trátalo de dejar que lo halle Bruto.  
Este procura echar por su ventana.  
En la estatua del viejo Bruto fija  
Este con cera, y vuelve con nosotros  
A reunirte en el atrio de Pompeyo.—  
¿Estan allí Trebonio y Decio Bruto?

CINA. Menos Metelo Címber, todos. Este  
Fué á buscarte á tu casa. Cual me ordenas,  
Voy á distribuir estos escritos.

CASIO. Después ven al teatro de Pompeyo. (vase Cina.)

### **Casca, ven, porque antes que amanezca**

Ver á Bruto debemos en su casa:  
Tres partes de él es mío; todo entero  
Se entregará en la próxima entrevista.  
CASCA. El pueblo en alta estimación lo tiene,  
Y aquello que en nosotros fuera indigno,  
Su apoyo, por alquimia misteriosa,  
Transformará en virtudes y excelencias.

CASIO. Lo juzgas bien; su mérito comprendes  
Y la gran falta que nos hace. Vamos:  
La media noche es ya, y antes del alba  
Despertarlo debemos y atraerlo. (Vanse.)

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

Roma.—Jardín de la casa de Bruto.

Entra BRUTO.

BRUTO.     ¡Hola, Lucio!—No puedo por los astros  
Acertar cuánto falta para el día.  
¡Hola, Lucio!—Quisiera de ese modo  
Poder dormir.—¡Eh, Lucio! Presto, presto,  
Que te despiertes digo. —¡Vamos, Lucio!

Entra LUCIO.

LUCIO.     ¿Llamaba mi señor?  
BRUTO.     Un candelabro  
Lleva á mi estudio, enciéndelo y avisa.  
LUCIO.     Lo haré, señor. (Vase.)  
BRUTO.     Con su muerte ha de ser; mas por mi parte  
Para oponerme á él, sólo me impulsa  
El bien común. ¡Pretende la corona!  
Y es el caso saber hasta qué punto  
Su condición se mudará con eso.  
La clara luz del sol engendra al áspid.  
Seamos cautelosos.—¿Coronarlo?  
Eso... y así, le damos — concedido —  
Aguijón con que hacer el daño puede.  
Achaque suele ser de quien se encumbra  
Divorciar el poder y la conciencia.  
Pero nunca, en verdad, vi subyugada  
De César la razón á sus pasiones.  
De incipiente ambición la escala empero  
Es la humildad. Lo prueba la experiencia.  
El trepador para subir la mira,  
Pero al llegar al último peldaño,  
Le vuelve las espaldas, mira al cielo,  
Y desdeña los tristes escalones  
Que le encumbraron. Puede hacerlo César.  
Evitémoslo antes que lo hiciere;  
Y pues razón no existe por ahora,  
Es forzoso argüir que al encumbrarse  
Estas desgracias surgirán y aquéllas.  
Que hay que creer que es huevo de serpiente  
Que dañino será cuando se incube,  
Y que en el cascarón matar es fuerza.

Vuelve á entrar LUCIO.

LUCIO. Arde en vuestro aposento el candelabro.  
Una yesca al buscar, en la ventana  
Este papel hallé, que estoy seguro  
Que allí no estaba cuando fuí á mi lecho.

BRUTO. A tu lecho retorna.—Aun no es de día.—  
¿Son los idus de marzo, dí, mañana?

LUCIO. Señor, yo no lo sé.

BRUTO. Pues examina el calendario y vuelve.

LUCIO. Así lo haré, señor. (vase Lucio.)

**BRUTO. *Las centellas que cruzan por el aire***

Bastante luz para leer me prestan  
(Abre el papel y lee.)

«Bruto, duermes; despierta y sé tú mismo.  
Y ¿debe Roma etcétera? Levanta  
Tu voz, hierre, corrige. Bruto, duermes;  
Despierta.» Instigaciones semejantes  
Con frecuencia colocan á mi paso.  
«Y ¿debe Roma etcétera?» Precisa  
Su frase terminar. ¿Y debe Roma  
Bajo el terror vivir de un hombre solo?  
¿Qué? ¿Roma?—No arrojó mi antepasado  
De las Romanas calles á Tarquino  
Cuando se quiso rey llamar?—«Levanta  
Tu voz, hierre, corrige.» Me suplican  
Que levante la voz, que hiera...¡Oh, Roma.  
Si corregir se puede, te prometo  
Que Bruto hará justicia á tu demanda.

Vuelve á entrar LUCIO.

LUCIO. De marzo corren ya catorce días.

BRUTO. Bien. Cuida de la puerta. Llama alguno.  
(Vase Lucio.)

Desde que Casio censurara á César  
No he pegado los ojos.  
Entre cumplir un acto tan terrible  
Y mi primer impulso, el intervalo  
Es cual fantasma de espantoso sueño.  
El alma y mis potencias corporales  
En discusión están, y así padece  
Mi humano ser, como abatido reino.  
Cruel revolución.

Vuelve á entrar LUCIO.

LUCIO. Es el que llama vuestro hermano Casio.  
Que os quiere ver, señor.

BRUTO. DÍ, ¿viene solo?  
LUCIO. Otros vienen con él.  
BRUTO. ¿Tú los conoces?  
LUCIO. No señor. Embozados todos vienen;  
Sus sombreros calados sobre el rostro  
Para que nadie conocerlos pueda  
Por sus facciones.  
BRUTO. Pasen adelante. (Vase LUCIO)  
Los conjurados son. ¿DÍ, te sonroja,  
Conspiración, mostrar tu faz siniestra  
De noche y cuando el mal tan libre vaga?  
¿Dónde entonces verás, al ser de día,  
Caverna suficientemente oscura  
Para ocultar tu cara monstruosa?  
No la busques. Tu rostro con sonrisas  
Halagador encubre, que ostentando  
Tu natural semblante, ni el Erebo  
Tan opaco será que te guarezca.

Entran CASIO, CASCA, DECIO, CINA, METELO  
CÍMBER y TREBONIO.

CASIO. Perturbamos, me temo, tu reposo.  
Salud, Bruto. ¿Venimos á estorbarte.  
BRUTO. Una hora hace que salí del lecho,  
Pues no pude dormir la noche entera.  
¿Son conocidos míos estos hombres?  
CASIO. Todos lo son y á nadie ves que deje  
De venerarte; y todos desearían  
Que la opinión tuvieras de tí mismo  
Que de tí todo noble en Roma tiene.  
Este es Trebonio.  
BRUTO. Bien venido sea.  
CASIO. Decio Bruto.  
BRUTO. También muy bien venido.  
CASIO. Casca, Cina, Metelo Cíंबर éste.  
BRUTO. Muy bien venidos todos.  
¿Qué velador cuidado se interpuso  
Entre los ojos vuestros y la noche.  
CASIO. ¿Permites que te diga una palabra?  
(Bruto y Casio hablan aparte.)  
DECIO. El Oriente es aquel. ¿Por ese lado  
No rompe el día?  
CASCA. No.  
CINA. Sí tal. Perdona,  
Esas franjas grisáceas, que guarnecen  
Las nubes, mensajeras son del día.  
CASCA. Confesaréis que estáis equivocados.  
Ahí sale el sol donde mi espada apunta,  
Mucho más hacia el Sur, pues es preciso

Tener en cuenta la estación del año.  
Dentro de un par de meses, más al Norte  
Despuntará su luz. Yace el Oriente  
En igual dirección que el Capitolio.

BRUTO. Dadme las manos vuestras uno á uno.  
CASIO. Y juremos cumplir nuestro proyecto.  
BRUTO. No; no juréis. Si el sonrojado rostro,  
Si la angustia del alma, si el reproche  
Del mundo no son móviles bastantes,  
Pongamos aquí fin, y cada uno  
Vuélvase en busca del ocioso lecho.  
Pábulo dad al fiero despotismo,  
Y caigamos después uno tras otro.  
Mas si estímulos son, como los juzgo,  
Si su fuego enardece aun al cobarde,  
Si con la cota del valor reanima  
Aun de la hembra el desmayado aliento,  
¿Qué estímulo mayor, paisanos míos,  
Que nuestra propia causa, que nos lleva  
Correctivo á buscar? ¿ni qué más lazo  
Que la palabra que empeñada tienen  
Nobles Romanos que cejar no saben?  
¿Qué juramento más que el compromiso  
De nuestra honra con la honra ajena,  
De cumplir ó morir en la demanda?  
Que juren sacerdotes y cobardes,  
Hombres astutos, viejos corrompidos,  
Y almas enfermas que en el mal se gozan,  
Que en viles causas juren esos seres  
De quienes cabe duda: no turbemos  
La serena virtud de nuestra empresa  
Ni el temple de este espíritu indomable,  
Pensando que requieren nuestra causa  
Ni nuestros actos juramento alguno,  
Pues cada gota que de sangre lleva  
Cada Romano, con orgullo tanto,  
Es culpable de sendas bastardías  
Si en la parte más mínima faltase,  
Tan siquiera una vez, á su promesa.

CASIO. ¿Qué hacer con Cicerón? ¿Lo tanteamos?  
Su auxilio puede ser de gran valía.

CASCA. No está bien excluirlo.  
CINA. No por cierto.

METELO. ¡Oh! Contemos con él. Sus níveas canas  
Nos ganarán la estima de las gentes,  
Y comprarán las lenguas que realcen  
Nuestros actos. Dirán que su talante  
Nuestras manos guió, sin que aparezcan  
Ni nuestra poca edad ni audaz conducta,  
En su imponente calma sepultadas.

BRUTO. No le nombréis. En él no confiamos.  
No seguirá jamás plan que otro inicie.

CASIO. Pues dejadlo.

CASCA. Verdad; no nos conviene.

DECIO. ¿Morirá sólo César?

CASIO. Oportuna  
Es la pregunta, Decio. Marco Antonio,  
De César tan querido, no debiera  
Sobrevivir á César. En intrigas  
Es hábil; ya sabéis que tiene medios  
Y puede, aprovechándolos, dañarnos.  
Precaviéndonos, pues es conveniente.  
Que á un mismo tiempo Antonio y César caigan.

BRUTO. Sangrienta por demás nuestra conducta,  
Cayo Casio, creerán, tajando miembros  
Después de haber cortado la cabeza.  
Cual si la muerte diéramos con furia,  
Y la crueldad siguiese, pues Antonio  
Es de César un miembro solamente.  
Ser sacrificadores es preciso,  
No carniceros, Casio. Nos alzamos  
Todos contra el espíritu de César;  
Y del hombre el espíritu no sangra.  
¡Oh, que herir al espíritu de César,  
Sin lastimar su cuerpo, fuera dado!  
Mas, ¡ay, que César sangrará por ello!  
Matémosle, dignísimos amigos,  
Con valor, no con saña. Que aparezca  
Manjar para los Dioses preparado,  
Y no despojo de lebreles digno.  
Que nuestros corazones nos inciten,  
Y que al par nos contengan, como suelen  
Hacer astutos amos cuando impulsan  
A sus sirvientes á violenta empresa.  
Esto hará que parezca necesario  
El propósito nuestro, no venganza;  
Y, á la vista del público, seremos  
Purgadores así, mas no asesinos.  
Y, en cuanto á Marco Antonio, no os preocupe;  
Hará lo que de César haga el brazo,  
Cuando de César falte la cabeza.

CASIO. Le temo yo, no obstante; que profunda  
Es su amistad á César.

BRUTO. ¡Ay, buen Casio!  
No pienses más en él.—Si quiere á César,  
Él hará lo que pueda por sí solo;  
Morir por César de dolor: y eso  
Es harto, pues le agrada divertirse,  
La crápula y el trato de las gentes.

TREBON. Temerle no debemos. Que no muera.

Que viva, y él reirá de esto más tarde.

BRUTO. Silencio. ¿Qué hora es? (Suena un reloj.)

CASIO. Las tres sonaron.

TREBON. Separarnos debemos.

CASIO. Aun se duda

Si César hoy saldrá. Supersticioso  
 Se ha vuelto últimamente, abandonando  
 Las creencias que tuvo en otros tiempos  
 Sobre prodigios, sueños y visiones.  
 De esta noche el espanto nunca visto,  
 Y la opinión de sus augures, puede  
 Quizá impedir que hoy vaya al Capitolio.

DECIO. Tal cosa no temáis; si eso pensare.  
 Yo le convenceré, pues aunque escucha  
 Con la risa en los labios que se apresan  
 Unicornios con árboles, y osos  
 Con espejos, con hoyos elefantes,  
 Con red leones y hombres con lisonjas,  
 Cuando después le digo que detesta  
 á todo adulador, «sí,» me responde,  
 Precisamente cuando más lo adulo,  
 Dejadme trabajar:  
 Dando á su humor la dirección precisa,  
 Yo lograré que vaya al Capitolio.

CASIO. No tal. Todos iremos á buscarlo.

BRUTO. Cuando dieren las ocho, ¿no más tarde?

CINA. No más tarde ha de ser.—Que no haya falta.

METELO. Es á César hostil Cayo Ligario,  
 Que reprendido fué porque á Pompeyo  
 Encomió; mas lo echáis ahora en olvido.

BRUTO. Pues, amigo Metelo, vé en su busca.  
 Me quiere bien, y con razón de sobra.  
 Dí que venga; veré de asegurarlo.

CASIO. Va amaneciendo; te dejamos, Bruto.  
 Partid, amigos. Todos recordemos  
 Lo dicho, y demostrad que sois Romanos.

BRUTO. Dignísimos amigos, bulliciosos  
 Ostentaos y alegres, no se vea  
 El propósito nuestro en el semblante;  
 Y, como nuestros cómicos romanos,  
 Serenidad al exterior y brío,  
 Y á despedirnos ya.—Salud á todos.  
 (Vanse todos menos Bruto.)  
 ¡Muchacho! ¡Lucio! ¿Duermes?—Nada importa.  
 El plácido, dulcísimo rocío  
 Goza del sueño. Libre de quimeras,  
 De fantasmas estás, con que al cerebro  
 Oprimen de este mundo los cuidados  
 Por eso gozas sueño tan tranquilo.



Entra PORCIA.

PORCIA. Bruto, señor.

BRUTO. Mas, Porcia, ¿qué te pasa?  
¿Por qué el lecho abandonas tan temprano?  
No es conveniente á tu salud que expongas  
Tu frágil ser del alba á la crudeza.

PORCIA. Ni á tu salud tampoco: ahora dejaste  
Mi lecho con desdén, y de repente  
Te levantaste de la cena anoche  
Y con cruzados brazos, caviloso,  
Al par que paseabas, suspiraste.  
Y cuando te pregunto qué te ocurre,  
En mí fijas adusto la mirada.  
Insisto; mas despeinas tus cabellos,  
É impaciente tu pie hiere la tierra;  
Insisto aún, y nada me respondes;  
Mas moviendo tu mano con enojo,  
Que te deje me indicas, y eso hice,  
Acrecentar temiendo tu impaciencia  
Por demás encendida, y presumiendo  
Que pasajero mal humor sería  
Que en ocasiones acomete á todos.  
Mas comer y dormir y hablar te impide,  
Y si pudiese transformar tu cuerpo  
Como te tiene trastornada el alma,  
Ni aun yo pudiera conocerte, Bruto.  
¡Señor, que sepa yo cuál es tu cuita!

BRUTO. No gozo de salud. Tan sólo es eso.

PORCIA. Bruto discreto es. Si no gozara  
De salud, de curarse trataría.

BRUTO. Tal hago.—Vete al lecho, amada Porcia.

PORCIA. ¿Enfermo Bruto está, y es provechoso  
Desceñido salir, y los vapores  
Aspirar de la húmeda alborada?  
¿Enfermo Bruto está, pero abandona  
Su blando lecho, y el fatal contagio  
Afronta de la noche, y desafía  
La humedad y la atmósfera viciada  
Para aumentar su mal?—No, Bruto mío.  
En tu mente está el mal que te atormenta,  
Que, por razón y por virtud del puesto  
Que ocupo junto á tí, me corresponde  
Conocer. De rodillas te conjuro  
Por mi beldad, que un tiempo celebraste;  
Por tus votos de amor, por ese voto  
Que nos incorporó, que uno nos hizo,  
Que á mí, que á tí, que á tu mitad confíes  
La causa de tu pena. ¿Quiénes fueron  
Los que á verte vinieron esta noche?—

Vinieron seis ó siete, que ocultaron  
Aun de la misma oscuridad sus rostros.

BRUTO. Amada Porcia, no te postres.  
PORCIA. Fueras

Mi amante Bruto, y falta no me haría.  
¿En el contrato, dí, de nuestra boda,  
Se dice, Bruto, que ningún secreto  
Tuyo debo saber? Y ¿por ventura,  
Soy yo tú, de manera limitada,  
Para hacerte á la mesa compañía,  
Tu lecho confortar, y hablar contigo  
Alguna que otra vez? ¿Ocupo sólo  
De tu cariño, dí, los arrabales?  
Si eso yo fuera y nada más, de Bruto  
Porcia la dama es, mas no la esposa.

BRUTO. Tú eres mi fiel, mi honrada esposa eres,  
Más cara para mí que las rojizas  
Gotas que al triste corazón afluyen.

PORCIA. Si eso fuera verdad, yo conociera  
Este secreto.—Soy mujer, lo admito;  
Sin embargo, mujer que por esposa  
Aceptó Bruto.—Soy mujer, lo admito;  
Sin embargo, mujer de limpia fama;  
La hija de Catón.—¿Acaso piensas  
Que es mi fuerza la fuerza de mi sexo,  
Teniendo padre tal y tal esposo?—  
¿Qué te pasa? Jamás he de decirlo.  
Pruebas he dado ya de mi firmeza  
Cuando mi muslo herí con mano ruda.  
Y si pude aguantar eso paciente,  
¿Por qué no los secretos de mi esposo?

BRUTO. ¡Oh Dioses! ¡Digno de tan noble esposa  
Hacedme á mí! Silencio, que alguien llama.—  
Entra un momento, Porcia. Los secretos  
Que en mi pecho encerré, más adelante  
Compartiré contigo;  
Mis compromisos todos, y las causas  
Del sombrío carácter de mi rostro.  
Déjame presto. ¿Quién llamaba, Lucio?  
(Vase Porcia.)

Vuelven á entrar LUCIO con LIGARIO.

LUCIO. Un enfermo, señor, que hablarte quiere.  
BRUTO. Cayo Ligario, de que habló Metelo.—  
Muchacho, aparta. Ven, Cayo Ligario.  
LIGARIO. Deja á mi débil lengua saludarte.  
BRUTO. ¡Qué tiempo has escogido, noble Cayo  
Para gastar pañuelo! No quisiera  
Enfermo verle.

LIGARIO. Si entre manos Bruto  
 Algún asunto tiene de honra digno,  
 Ha cesado mi mal.

BRUTO. Ligario, tengo  
 Tal asunto entre manos; si tuvieres  
 Salud para escucharlo, lo sabrías.

LIGARIO. ¡Juro á todos los Dioses que veneran  
 De hinojos los Romanos, que depongo  
 Aquí mi enfermedad! Alma de Roma,  
 Tú de nobles ijares hijo bravo,  
 Cual exorcista á conjurar llegaste  
 De mi espíritu el mal. Díme que corra,  
 Y me verás luchar contra imposibles,  
 Y vencerlos también.—¿Qué debe hacerse?

BRUTO. Obra en que han de sanar muchos enfermos.

LIGARIO. ¿Y en que hemos de enfermar a algunos sanos?

BRUTO. Eso, también. Buen Cayo, lo que sea  
 Te diré de camino que marchemos  
 Y contra quién será.

LIGARIO. Mis pasos guía..  
 Con corazón recién enardecido  
 Te sigo no sé á qué, pero me basta  
 Ser guiado por Bruto.

BRUTO. Pues bien, sigue. (Vanse.)

## ESCENA II.

Roma.—En el palacio de César.

Truenos y relámpagos.—Entra CÉSAR en traje de noche.

CÉSAR. Esta noche ni el cielo ni la tierra  
 Han gozado de paz. Mientras dormía,  
 Ha gritado Calpurnia por tres veces:  
 «¡Favor, que á César matan!» Entre alguno.

Entra un SIRVIENTE.

SIRVIEN. ¡Señor!

CÉSAR. Dí que los sacerdotes sacrifiquen,  
 Y sepa yo cuál es el resultado.

SIRVIEN. Así lo haré, señor. (Vase.)

Entra CALPURNIA.

CALPUR. César, ¿qué vas á hacer? ¿Salir intentas?  
 Lo que es hoy, de tu casa no te mueves

CÉSAR. César saldrá. Tan solo mis espaldas  
Han visto los que á mí me amenazaron  
Al ver de César el semblante huyeron.

CALPUR. Nunca en presagios he creído, César,  
Pero me aterran hoy. Cuenta allí uno  
Que á más de lo que vimos y sabemos,  
Los guardias vieron hórridas visiones.  
Ha parido en la calle una leona,  
Y se abrieron las tumbas y sus muertos  
Vomitaron. Guerreros, encendidos  
En cólera, lucharon en las nubes  
En filas y escuadrones, y formados  
Como dispone el arte de la guerra,  
Y ha regado su sangre el Capitolio.  
Rumor de lucha estremeció los aires,  
Y se oyeron relinchos de corceles,  
Y ayes de moribundos, y fantasmas  
Gritos dieron y aullidos por las calles.  
¡Oh César! son inusitadas cosas  
Que de terror me llenan.

CÉSAR. ¿Quién evita  
Lo que los altos Dioses se proponen?  
Pero César saldrá; que estos presagios  
Al mundo entero como á César hablan.

CALPUR. Cometas no se ven si muere un pobre,  
Mas la muerte del grande el cielo alumbra,

CÉSAR. Antes de hallar la muerte, los cobardes  
Mueren veces distintas; los valientes  
Sólo una vez la muerte saborean.  
La maravilla que mayor asombro  
A mí me causa, es del mortal el miedo,  
Pues la muerte vendrá, cual fin preciso.  
Cuando venga.

Vuelve á entrar el SIRVIENTE.

SIRVIEN. ¿Qué dicen los augures?  
Pretenden que no salgas hoy de casa.  
Al sacar las entrañas de una ofrenda,  
Sin corazón al animal hallaron.

CÉSAR. Así avergüenzan al pavor los Dioses.  
Bestia sin corazón César sería  
Si hoy, por temor, permaneciera en casa.  
No lo hará César. El peligro sabe,  
Por demás, que el peligro grande es César.  
Somos leones que en el mismo día  
Nacimos, yo el mayor y el más terrible,  
Y César saldrá, pues.

CALPUR. ¡Ay, dueño mío!  
Tu confianza tu razón anubla.

No salgas hoy. Mi miedo, no tu miedo  
Considera que en casa te detiene.  
Mandemos al Senado á Marco Antonio,  
Y que te encuentras indispuerto anuncie.  
Déjame de rodillas convencerte.

CÉSAR. Marco Antonio dirá que mal me encuentro,  
Y para complacerte, quedo en casa.

Entra DECIO.

DECIO. Decio Bruto aquí está. Que él se lo diga.  
César, salud. Buen día, digno César.

CÉSAR. Al Senado pretendo acompañarte.  
Vienes á buena hora. Mis respetos  
Lleva á los senadores, y les dices  
Que ir hoy no quiero—que no puedo es falso;  
Que no me atrevo á ir, más todavía.  
Que ir hoy no quiero, Decio, así les dices.

CALPUR. Díles que enfermo está.

CÉSAR. ¿Mentirles César?  
¿Va á ser el resultado de extenderse  
Tan lejos este brazo en la conquista,  
Temer decir lo que es verdad á canas?  
Que César ir no quiere díles, Decio.

DECIO. Dáme alguna razón, César potente,  
No se burlen de mí si tal les digo.

CÉSAR. Es la razón mi voluntad, y basta  
Con decir al Senado que no quiero;  
Mas a tí te diré, porque lo sepas,  
Y porque á tí te estimo, que Calpurnia,  
Mi esposa, en casa detenerme quiere.  
Esta noche soñó que vió mi estatua,  
Cual fuente de cien bocas, pura y roja  
Sangre manar, y que después vinieron  
Numerosos Romanos eminentes  
Allí risueños á bañar sus manos.  
Y todo esto cual aviso juzga  
De inminentes peligros, y de hinojos  
Ahora me ruega que me quede en casa.

DECIO. Ese sueño fué mal interpretado.  
Fué visión halagüeña y venturosa.  
Tu estatua dando sangre, en que se bañan  
Risueños los Romanos, significa  
Que regenerará tu sangre á Roma,  
Y que, como reliquias y recuerdos,  
Querrán los que más valgan recogerla.  
Esto nos dice el sueño de Calpurnia.

CÉSAR. Y muy bien que lo explicas de ese modo.

DECIO. Sí tal; y más si escuchas lo que sigue  
Sábelo, pues.—Al poderoso César

Hoy el Senado brinda la corona.  
Si dices que no vas, mudar consejo  
Pudieran; ó, quizás, tomarlo á burla,  
Que alguno interpretar así podría:  
«Disolved el Senado, hasta que sueños  
Más gratos tenga la mujer de César.»  
O afirmarán, si así César se esconde,  
Que César miedo tiene.  
Perdona, César; el cariño mío  
Contra tu proceder á hablar me obliga,  
Pues mi cariño á mi razón se amolda.  
CÉSAR. ¡Cuán necios ya parecen tus temores,  
Calpurnia! Me avergüenza haber cedido.  
Venga mi manto, que ir es fuerza,—Mira.  
Allí para llevarme Publio viene.

Entran PUBLIO, BRUTO, LIGARIO, METELO, CASCA,  
TREBONIO y CINA.

PUBLIO. César, salud.  
CÉSAR. Muy bien venido, Publio.  
Hola, Bruto, ¿también así madrugas?  
Casca, salud. Cayo Ligario, César  
Nunca tan grande enemistad te tuvo  
Cual la fiebre que así te ha enflaquecido.  
¿Qué hora dió?  
BRUTO. César, son las ocho dadas..  
CÉSAR. Vuestro interés aprecio y cortesía.

Entra ANTONIO.

¡Ved! Antonio trasnocha y se divierte,  
Mas madruga también. Salud, Antonio.  
ANTONIO. Lo propio al noble César.  
CÉSAR. Vé; díles que se alisten.  
De que así me esperéis la culpa es mía.  
¡Cina! ¡Metelo! ¿Qué? ¿También Trebonio?  
Una hora te tengo reservada  
Para que hablemos. Luego ven á verme,  
Y á fin que no lo olvide, ponte cerca.  
TREBON. César, sí tal. (Aparte.) Tan cerca, que más lejos  
Tus mejores amigos me querrían.  
CÉSAR. Entrad, amigos: libaremos juntos,  
Y, cual amigos, juntos partiremos.  
BRUTO. (Aparte.) Ese cual no es cual es. ¡Pensarlo, César  
Hace estallar el corazón de Bruto! (Vanse.)

ESCENA III.

Roma—Una calle cerca del Capitolio.  
Entra ARTEMIDORO leyendo un papel.

ARTEMID. —«César, guárdate de Bruto; cuídate de Casio; no te acerques á Casca; no apartes tus ojos de Cina; no te fíes de Trebonio; observa atentamente á Metelo Címber; Decio Bruto) no te quiere. Has ofendido á Cayo Ligario. Un solo pensamiento domina entre estos hombres, y se dirige contra César. Si no eres inmortal, vela por tí. La seguridad facilita la conspiración. Los prepotentes Dioses te amporen.—Tu amigo, ARTEMIDORO.»

Aquí me quedo hasta que César pase,  
Y esto le doy cual si una instancia fuese.  
Mi corazón lamenta que no pueda  
Existir la virtud sin que le alcance  
El diente de la envidia.—César, puedes,  
Si esto lees, vivir; ó pacto el hado,  
Si no, con los traidores ha formado. (Vase.)

#### ESCENA IV.

Roma.—otra parte de la misma calle. Ante la casa de Bruto.

Entran PORCIA y LUCIO.

PORCIA. Corre, corre, muchacho.—Te lo ruego.  
Al Senado vé tú. No te detengas  
A responderme. Véte.—¿A qué te paras?  
LUCIO. Para saber, señora, mi mensaje.  
PORCIA. Quisiera que te fueses y volvieses  
Aun antes de decirte lo que quiero,  
¡Oh firmeza, protégeme! Coloca  
Entre mi lengua y corazón un monte.  
De hombre es mi alma, de mujer mi fuerza.  
¡Y es arduo á la mujer guardar secretos!  
¿Aun aquí estás?  
LUCIO. ¿Qué debo hacer, señora?  
PORCIA. Al Capitolio ir.  
LUCIO. ¿Y eso tan solo?  
Y aquí luego volver. ¿Y eso tan solo?  
PORCIA. Avísame, muchacho, si tu amo  
Se encuentra bien, porque salió indispuerto.  
De lo que César haga toma nota.  
Mira qué pretendientes se le acercan.  
Oye, ¿qué ruido es ese?  
LUCIO. No oigo nada.  
PORCIA. Oye. Pon atención. Cual de un tumulto  
Oigo el sordo rumor. Hasta este sitio  
Del Capitolio lo conduce el viento.

LUCJO. Nada oigo yo, señora.

Entra un ADIVINO.

PORCIA. Oye tú; ven aquí. ¿Dónde has estado?

ADIVINO. ¿Yo, señora? en mi casa.

PORCIA. ¿Qué hora es esta?

ADIVINO. Serán sobre las nueve.

PORCIA. ¿Al Capitolio, díme, llegó César?

ADIVINO. Aun no. Me voy para ocupar mi puesto,  
Y verle cuando llegue al Capitolio.

PORCIA. ¿Alguna pretensión tienes con César?

ADIVINO. Sí, señora. Si gusta, complaciente,  
César servir á César y escucharme,  
Le diré que á sí propio se defienda.

PORCIA. ¿Qué! ¿sabes si dañarle quiere alguno?

ADIVINO. Nada sé con certeza; mucho temo.  
Pasadlo bien. Se estrecha aquí la calle.  
Las turbas, que de César tras las huellas  
Siguen de senadores y pretores  
Y meros pretendientes, al que es débil  
Pueden, quizá, matar como lo estrujen.  
Voyme á sitio más ancho, desde donde  
Pueda hablar al gran César cuando pase. (Vase.)

PORCIA. Entremos. (Aparte.) ¡Ay de mí! ¡cuán débil cosa  
De la mujer el corazón! ¡Oh! Bruto,  
Que te amporen los cielos en tu empresa.  
El muchacho me oyó seguramente.—  
Es una pretensión que tiene Bruto  
Que le rehusa César.—Desfallezco.  
Corre, Lucio. Recuérdame á tu amo.  
Díle que alegre estoy. Ven luego á verme,  
Y nuevas me traerás de lo que diga.

(Vanse separadamente.)



## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA

Ante el Capitolio.—Los Senadores ocupan sus asientos. Gentes en la calle contigua al Capitolio, entre ellas, Artemidoro y el Adivino.— Clarines.

Entran CÉSAR, BRUTO, CASIO, CASCA, DECIO, METE LO, TREBONIO, CINA, ANTONIO, LÉPIDO, POPILIO, PUBLIO y otros.

CÉSAR. Ya los idus de marzo aparecieron.  
ADIVINO. Verdad es, César, pero no pasaron.  
ARTEMID. ¡César, salud! Estos renglones lee.  
DECIO. Trebonio te suplica que repases,  
En cuanto puedas, esta humilde instancia.  
ARTEMID. ¡Oh César! preferencia da á la mía,  
Que atañe más á César. Lee, gran César.  
CÉSAR. La última será, pues que me atañe.  
ARTEMID. César, no te detengas.—Presto lee.  
CÉSAR. ¿Pero está loco?  
PUBLIO. Deja el paso franco.  
CASIO. Hasta en la calle pretender te ocurre.  
Al Capitolio vé.

(César entra en el Capitolio. Los demás le siguen. Todos los Senadores se levantan.)

POPILIO. Ojalá que prospere nuestra empresa.  
CASIO. ¿Qué empresa, dí, Popilio?  
POPILIO. Buenos días.  
(Adelántase hacia César.)  
BRUTO. ¿Qué te dijo Popilio?  
CASIO. Que ojalá nuestra empresa prosperara.  
Me temo que conozcan nuestros planes.  
BRUTO. Ve, va en busca de César. Mira.  
CASIO. Casca,  
Prontitud, que se teme que lo eviten.  
¿Qué hacemos, Bruto? Si esto se descubre,  
O Casio ó César ya tornar no pueden;  
Que muerte me daré.  
BRUTO. Firmeza, Casio.  
Popilio Lena á nuestro plan no alude.  
Impávido está César y él sonrío.  
CASCA. Trebonio alerta está. Míralo, Bruto.  
De aquí alejar á Marco Antonio intenta.  
(Vanse Antonio y Trebonio. César y los Senadores ocupan sus  
asientos.)  
DECIO. ¿Dónde Metelo está? Dirija luégo

Su pretensión á César.  
BRUTO. Ya principia.  
Acércate y secúndalo.

CINA. Tu mano,  
Casca, será la que primero hiera.

CASCA. ¿Estamos listos todos?  
CÉSAR. ¿Y qué pueden  
César hoy remediar y su Senado?

METELO. Excelso, insigne, prepotente César.  
Su humilde corazón Metelo Cíंबर  
A tus pies pone. (Arrodillándose.)

CÉSAR. Cíंबर, te lo vedo.  
Santa abyección, tan torpes cortesías.  
Del vulgo, acaso, encenderán la sangre,  
Transformando las leyes y sentencias  
En infantiles juegos. No imagines  
Que es de César la sangre tan rebelde  
Que disolver es dado su carácter  
Con lo que puede derretir al necio.  
Es decir, con melíflüas palabras,  
Con bajas y serviles reverencias,  
Y con halagos propios de lebreles.  
Una sentencia desterró á tu hermano;  
Si, humillado, por él pides y halagas,  
Te aparto de mi senda como a un perro.  
Que César no es injusto ten sabido,  
Y que sólo razones le convencen.

METELO. ¿Y no habrá voz más apta que la mía  
Que pueda penetrar con más dulzura  
En los oídos del insigne César  
Porque el destino de mi hermano anule?

BRUTO. Sin adularte, yo beso tu mano,  
Suplicándote, César, que retorne  
Al punto Publio Cíंबर.

CESAR. ¡Cómo! ¡Bruto!  
CASIO. ¡Perdón, César, perdón! Casio se postra  
Humilde hasta tus plantas, y te ruega  
El destierro anular de Publio Cíंबर.

CÉSAR. Si fuese cual vosotros, cedería;  
Si, por ventura, yo rogar supiese,  
Cediera á ruegos. Pero soy tan firme  
Cual la estrella polar, que, fija, inmóvil,  
Par del cielo en la bóveda no tiene.  
Chispas sin fin el firmamento ostenta;  
De fuego todas son, todas brillantes;  
Mas su puesto ocupar sabe una sola.  
En el mundo es igual. Hombres lo pueblan.  
De carne y hueso son, é inteligentes;  
Mas existe, entre tantos, solo uno  
Que mantenga su puesto invulnerable

Sin cejar una vez,—y yo soy ese.  
Por tanto, que aun en esto se conozca.  
Firmeza tuve al desterrar á Címber,  
Y firmeza igualmente disponiendo  
Que quede desterrado.

CINA. ¡César!

CÉSAR. ¡Fuera!

¿Acaso á conmovér vais el Olimpo?

DECIO. ¡Gran César!

CÉSAR. ¿No está Bruto inútilmente  
De rodillas?

CASCA. ¡Por mí las manos hablen!

(Casca hiere á César en el cuello. César le coge el brazo. Hiérenle  
luégo varios conspiradores; el último Marco Bruto.)

CÉSAR. ¿Tú también, Bruto?—Muere, entonces, César.

(Muere.—El Senado y el pueblo se retiran en tropel.)

CINA. Independencia y libertad. Ha muerto  
La tiranía.—¡Presto! por las calles  
Volando id y proclamadlo á gritos.

CASIO. A la tribuna algunos, y que griten:  
¡Independencia, libertad y fueros!

BRUTO. No hay que asustarse, pueblo y Senadores.  
Quedaos aquí. Permaneced tranquilos.  
Ha satisfecho la ambición su deuda.

CASCA. Ocupa, Bruto, la tribuna.

DECIO. Casio,  
Ocúpala también.

BRUTO. ¿Dónde está Publio?

CINA. Aquí, por los sucesos aturdido.

METELO. Defendámonos juntos, que no vaya  
Algún parcial de César...

BRUTO. De defensa no habléis. Animo, Publio,  
Que ni á tí ni á ningún otro Romano  
Se pretende ofender. Publio, así dílo.

CASIO. Déjanos, Publio; que pudiera el pueblo  
Maltratar tu vejez, si nos ataca.

BRUTO. Hazlo. Del acto responsables sean  
Nadie más que nosotros los autores.

Vuelve á entrar TREBONIO.

CASIO. ¿En dónde Antonio está?

TREBON. Fuese á su casa

Lleno de horror. Hombres, mujeres, niños.  
Cual si el juicio final llegado hubiera,  
Huyen sobrecogidos dando voces.

BRUTO. Hado, tu voluntad conoceremos;  
Sabemos que morir es necesario.  
Sólo el instante en que ha de ser, los días  
Que le restan aún, preocupa al hombre.

CASIO. Quien de su vida merma veinte años,  
Esos al miedo de la muerte merma.  
BRUTO. Es ventura el morir si eso se admite;  
Y de César así somos amigos,  
De su miedo á morir mermando días.  
Inclinaos, Romanos; hasta el codo  
En la sangre de César que hoy se bañen  
Vuestras manos; y tintas vuestras armas,  
Al Foro aproximémonos, llevando

### **Enhiesto el rojo hierro, dando el grito**

De paz, de libertad é independencia.  
CASIO. Inclinaos, bañaos. ¡Cuántas veces

### **Verá lo porvenir representada**

Por nuevas gentes tan gloriosa escena,  
Y con acentos hoy desconocidos!  
BRUTO. ¡Cuántas veces en mero simulacro  
Sangrará César, que cual polvo yace  
A los pies de la estatua de Pompeyo!  
CASIO. Y dirán de nosotros, si eso ocurre,  
Que libertad á nuestra patria dimos.  
DECIO. Decid, ¿nos vamos?  
CASIO. Todos. Bruto gué,  
Y su huella honrarán los más valientes,  
Los más honrados hombres que hay en Roma.

Entra un SIERVO

BRUTO. ¡Callad! ¿Quién es? Satélite de Antonio.  
SIERVO. Que me arrodille así manda mi amo;  
Que así me humille Marco Antonio manda,  
Y postrado decir: «Ilustre es Bruto,  
Hábil, valiente, honrado. César era  
Grande, atrevido, regio y bondadoso.  
Que estimo á Bruto dí, que lo venero;  
Dí que estimaba y veneraba á César.  
Si Bruto da seguridad á Antonio  
Para venir á verlo, y le convence  
De que César la muerte merecía,  
No ha de estimar en menos Marco Antonio  
Al vivo Bruto que al difunto César;  
Y con fe la fortuna y el partido  
Del digno Bruto seguirá, los riesgos  
De situación tan crítica afrontando.»  
Esto decir me ordena mi amo Antonio.  
BRUTO. Romano discretísimo y valiente  
Siempre he juzgado á tu señor. Responde  
Que ha de quedar, si viene, satisfecho;  
Y sin ofensa partirá, lo juro.

SIERVO. Vendrá inmediatamente. (Vase.)

BRUTO. Por amigo  
Lo tendremos sin duda.

CASIO. Así sea;  
Mas algo en mí despierta mis recelos,  
Y mis presagios acertaron siempre.

Vuelve á entrar ANTONIO.

BRUTO. Antonio llega. Bien venido, Antonio.

ANTONIO. ¡Oh excelso César, tan postrado yaces?  
¡Conquistas, glorias, triunfos y trofeos  
Se han reducido á tan pequeño espacio?  
Quédate en paz.—Patricios, desconozco  
Lo que pensáis hacer; quiénes más deben  
Su sangre derramar en este día;  
Quién trasciende cual él: si por acaso  
Fuese yo, no habrá hora cual la hora  
En que ha espirado César; ni arma alguna  
Que valga la mitad de lo que valen  
Los hierros que ostentáis, enrojecidos  
Con la sangre más noble de este mundo.  
Si os fuese odioso yo, lo que os parezca  
Ahora podéis hacer, mientras humeen,  
Mientras chorreen vuestras manos rojas.  
Aunque viva mil años, tan dispuesto  
Cual hoy nunca estaré; ni sitio alguno  
Tanto me agrada cual junto á César;  
Ni otra muerte que muerto por vosotros,  
Los genios de esta edad, los escogidos.

BRUTO. ¡Oh Antonio! Por tu muerte no supliques,  
Aunque cruel y sanguinario aspecto  
Nuestras manos nos dan y nuestra empresa,  
Nuestras manos contemplan solamente  
Y la sangrienta acción que ejecutaron,  
No nuestros corazones compasivos.  
La compasión de Roma por los males.  
La compasión. Cual mata al fuego el fuego,  
Mató á la compasión con esta hazaña.  
En cuanto á tí, de plomo son las puntas  
De las espadas nuestras, Marco Antonio,  
Sin rencor nuestras almas, y con temple  
Fraternal, corazones te reciben  
Llenos de amor, de estima y de respeto.

CASCA. Cual la que más tu voz será escuchada  
Al repartir futuras dignidades.

BRUTO. Ten calma por ahora, que precisa  
Apaciguar el miedo de las gentes.  
Después te contaré por qué motivos  
Herí, no obstante mi amistad, á César.

ANTONIO. No pongo en duda vuestro recto juicio.—  
Déme uno á uno su sangrienta mano.  
Marco Bruto, la tuya la primera;  
Después la tuya, Cayo Casio. Ahora  
La tuya, Decio Bruto; tú, Metelo;  
Tú, Cina; tú también, valiente Casca;  
Tú, el último nombrado, buen Trebonio,  
Mas no por eso en mi amistad postrero.  
¿Qué decir? Todos sois á cual más nobles.  
Va mi opinión por suelo que resbala.  
Mal de mí juzgaréis de todos modos,  
Adulador creyéndome ó cobarde.  
Profunda era mi amistad, ¡oh César!  
Si tu espíritu, pues, ahora me mira,  
Dí, ¿no te dolerá más que la muerte  
Contemplar á tu Antonio hacer las paces  
Con los que fueron enemigos tuyos,—  
Dignísimos—delante de tu cuerpo,  
Sus manos estrechando ensangrentadas?  
Si ojos tuvieras cual heridas tienes,  
Si lloraran cual vierten ellas sangre  
Me cuadrara mejor que pacto alguno  
De amistad proponer á tus contrarios.  
Julio, perdón.—Aquí, ciervo valiente,  
Te cazaron. Aquí por fin caíste.  
Allí tus cazadores, señalados  
Con tus despojos y en tu muerte tintos.  
¡Oh mundo! bosque de este ciervo fuiste  
Mientras el fué tu corazón, ¡oh mundo!  
A derribado ciervo te asemejas...  
Por principes herido.

CASIO. ¡Marco Antonio!

ANTONIO. Cayo Casio, perdón. Esto de César  
Dirán sus enemigos. En su amigo  
Es ensalzarlo con frialdad.

CASIO. No culpo  
Que á César glorifiques; mas ¿qué intentas?  
¿Entre nuestros amigos te contamos,  
U obrar debemos sin contar contigo?

ANTONIO. Ya la diestra os tendí; mas, francamente,  
Me aparté del asunto viendo á César.  
Soy vuestro amigo, y os aprecio á todos;  
Mas quiero que digáis por qué motivo  
Habéis juzgado peligroso á César.

BRUTO. Espectáculo digno de salvajes  
Este fuera, si no. Nuestras razones  
Serán tan poderosas, que si fueses  
De César hijo, Antonio, te bastaran.

ANTONIO. Pues eso busco, y además pretendo  
Que su cadáver se conduzca al Foro,

Y desde la tribuna, cual amigo,  
Dejadme celebrar sus funerales.  
BRIJTO. Lo harás, Antonio.  
CASIO. (Aparte á Bruto.) Bruto, una palabra.  
No sabes lo que haces. No consientas  
Que hable en sus funerales Marco Antonio.  
¿Sabes tú, por ventura, hasta qué punto  
Conmoverá á las gentes lo que diga?  
BRUTO. (Aparte á Casio.)

**Perdóname.—Yo mismo la tribuna**

Antes pienso ocupar; y, los motivos  
De la muerte de César exponiendo,  
Diré que todo lo que Antonio diga  
Es con nuestra sanción y nuestra venia.  
Que con César queremos que se cumplan  
Los ritos todos que le son debidos.  
Y esto provecho nos hará, no daño.  
CASIO. (Aparte á Bruto).  
No sé qué pasará, mas no me agrada.  
BRUTO. Antonio, el cuerpo de tu César toma.  
La fúnebre oración que pronunciaras  
No ha de inculparnos, aunque en pro de César  
Puedes decir cuanto te ocurra, y venia  
Que nuestra tienes para hacerlo anuncia;  
Si no, tu intervención no consentimos  
En este funeral. Hablar te toca  
De la tribuna misma que yo ocupe,  
Y cuando acabe mi discurso.  
ANTONIO. Sea.  
Eso no más deseo.  
BRUTO. El cadáver recoge, pues, y vente.  
(Vanse todos menos Antonio).  
ANTONIO. Perdón te pido, polvo ensangrentado,  
Si humilde y débil soy con tus verdugos.  
¡Oh despojos del hombre más insigne  
Que navegó del tiempo en la corriente!  
Maldecidas las manos que vertieron  
Esta preciosa sangre. Profetizo  
Ante estas tus heridas, mudas bocas  
Cuyos rojizos labios entreabiertos  
De mi lengua expresión y frases piden,  
Que maldición fatal sobre las almas  
De los hombres caerá. Civiles luchas,  
Domésticos rencores implacables  
Asolarán del Norte al Sur á Italia.  
Dominará la destrucción, la sangre,  
Y serán tan comunes los horrores,  
Que las madres, al ver cuál descuartiza  
Bélica furia á sus nacientes hijos,

Con sonrisas verán la horrible escena;  
Ahogará á la piedad bárbaros usos;  
Y de César la sombra vengadora  
Con Ate en su compañía, que candente  
Vendrá de los infiernos, á esta tierra  
Con regio acento gritará: «matanza,»  
Los perros de la guerra desatando;  
Y el hálito de hazaña tan inicua  
Del suelo ascenderá con los gemidos  
De humanos cuerpos que sepulcros piden.

Entra un SIERVO.

SIERVO. ¿Al servicio no estás de Octavio César?  
Es verdad, Marco Antonio.  
ANTONIO. César le ha escrito que viniera á Roma.  
SIERVO. Llegó á sus manos esa carta, y viene.  
Y me ordenó decirte de palabra...  
¡Oh, César!... (Viendo el cadáver de César.)  
ANTONIO. ¿Te has conmovido?—Lejos véte y llora.  
Es contagiosa tu aflicción; mis ojos.  
Contemplando esas gotas en los tuyos,  
Llanto vierten también.—¿Viene tu amo?  
SIERVO. A siete leguas estará de Roma.  
Esta noche.  
ANTONIO. Pues vuelve de seguida,  
Y díle lo que ocurre. Roma es esta,  
Llena de luto.—Roma peligrosa,  
No Roma para Octavio todavía.—  
Vé y dílo.—Pero espera, no te vayas  
Hasta que lleve al Foro este cadáver.  
Allí, al hablar, veré cómo las gentes  
Juzgan el acto cruel de estos verdugos;  
Y, según lo que ocurra, puedes luego  
Llevar á Octavio más precisas nuevas.  
Ven. Préstame tu ayuda.

(Vanse con el cuerpo de César.)

## ESCENA II.

Roma.—El Foro. Entran BRUTO y CASIO y una turba de CIUDADANOS.

CIUD. Explicación, explicación queremos.  
BRUTO. Seguidme y escuchadme, amigos míos.  
A la contigua calle vé tú, Casio,  
Y divide á la gente.  
Quédese aquí quien escucharme quiera.  
Quien quiera oír á Casio que le siga;



Y al público daremos las razones  
de la muerte de César.

CIUD. 1.º Yo con Bruto

CIUD. 2.º Yo con Casio; y después compararemos  
Las razones que cada cual nos diere.

(Vase Casio con varios ciudadanos. Bruto ocupa el Rostro.)

CIUD. 3.º El noble Bruto la tribuna ocupa.  
¡Silencio!

BRUTO. Tened calma hasta escucharme.

Romanos, paisanos y amigos míos. Oídme defender mi causa, y, para mejor oírme, callad. Creed en mi honradez y respetad mi honra, á fin de que me creáis. Censúreme vuestro buen juicio y avivad vuestros sentidos para juzgar de mí con mayor acierto. Si hubiere alguno entre los presentes que entrañable amistad profesara á César, á él le digo que la amistad de Bruto á César no era menos entrañable que la suya. Así, pues, si este amigo preguntare por qué razón Bruto se alzó contra César, he aquí mi respuesta: «No fué porque amaba á Bruto menos, sino porque amaba á Roma más.» ¿Prefirierais que César viviera y morir esclavos, á que esté muerto César y vivir libres? Porque fué mi amigo, lo lloro. Porque afortunado fué, lo celebro; porque fué valiente, lo honro; porque fué ambicioso, lo maté. Lágrimas tuve para su amistad; regocijo por sus triunfos; encomios para su valor, y muerte para su ambición. ¿Quién hay aquí tan abyecto que quiera ser esclavo? Si hay alguno, que hable, pues á él he ofendido. ¿Quién hay aquí tan necio que no quiera ser Romano? Si hay alguno, que hable, pues á él he ofendido. ¿Quién hay aquí tan vil que no ame á su patria? Si hay alguno, que hable, pues á él he ofendido. ¿Quién me responde?

CIUD. —Nadie, Bruto, nadie.

BRUTO. —A nadie he ofendido, pues. He hecho con César lo que haríais con Bruto. Los registros del Capitolio exponen las causas de su muerte, y ni se amengua su merecida gloria, ni se agravan los motivos de su justa muerte.

Entran ANTONIO y otros con el cadáver de CÉSAR.

Aquí llega su cuerpo, que doliente conduce Antonio, quien aunque no tuvo parte en su muerte, saldrá ganancioso por ella, pues ocupará un puesto en la República. ¿Y quién de vosotros no?—Con esto os dejo. Maté á mi mejor amigo por la salud de Roma, y conservo ese mismo puñal para cuando mi patria requiera la muerte mía.

CIUD. ¡Que viva Bruto! ¡Viva!

CIUD. 1.º Conduzcámosle en triunfo hasta su casa.

CIUD. 2.º Una estatua, cual tienen sus mayores,  
Debemos levantarle.

CIUD. 3.º César sea.

CIUD. 4.º En él de César lo mejor subsiste.

CIUD. 1.º Llevémosle con vítores y vivas  
A su propia mansión.

BRUTO. Compatriotas...

CIUD. 2.º Silencio, que habla Bruto.

CIUD. 1.º Todos callen.

BRUTO. Compatriotas, permitidme ir solo.  
Con Antonio quedaos, en mi obsequio;  
Que honrar debéis de César el cadáver,  
Y la oración que para honrar á César

Pronunciará, con nuestra venia, Antonio.  
 Suplico que de aquí nadie se ausente.  
 Yo solo faltaré, mientras él habla. (Vase.)

CIUD. 1.º Quedémonos á oír á Marco Antonio.  
 CIUD. 3.º ¡Que la tribuna popular ocupe!  
 Lo oiremos, ¡noble Antonio, á la tribuna!

ANTONIO. En el nombre de Bruto os lo agradezco.  
 (Sube á la tribuna.)

CIUD. 4.º ¿Qué decía de Bruto?  
 CIUD. 3.º Que las gracias  
 En el nombre de Bruto daba á todos.

CIUD. 4.º Más vale no hablar mal aquí de Bruto.  
 CIUD. 1.º César era un tirano.  
 CIUD. 3.º ¿Quién lo duda?  
 Ya por suerte se ve de él libre Roma.

CIUD. 4.º Callad. Oigamos qué le ocurre á Antonio.  
 ANTONIO. Benévolos Romanos.  
 CIUD. ¡Eh, silencio!  
 Oigamos, pues.

ANTONIO. Amigos y Romanos,  
 Compatriotas, atención prestadme:  
 A enterrar, no á ensalzar á César vengo.  
 Al hombre sobrevive el mal que hizo;  
 El bien se entierra con el cuerpo á veces.  
 Se hará con César. El honrado Bruto  
 Os ha dicho que César fué ambicioso;  
 Si lo fué, falta inmensa fué la suya,  
 É inmensamente César la ha purgado.  
 De Bruto y de los otros, con la venia —  
 Porque varón pundonoroso es Bruto —  
 Todos lo son—pundonorosos todos—  
 Al funeral de César vengo á hablaros.  
 Mi amigo fué, constante y fiel conmigo;  
 Mas Bruto afirma que ambicioso era,  
 Y Bruto es un varón pundonoroso.  
 Infinitos cautivos prisioneros  
 Él á Roma nos trajo, y sus rescates  
 El público tesoro repletaron.  
 ¿Esto ambición en César parecía?  
 Viendo al pobre llorar, César lloraba:  
 Es la ambición de material más rudo;  
 Mas Bruto afirma que ambicioso era,  
 Y Bruto es un varón pundonoroso.  
 Cuando en las Lupercales—bien lo visteis—  
 Tres veces le ofrecí regia corona,  
 Rehusó tres veces. ¿Ambición es esto?  
 Mas Bruto afirma que ambicioso era,  
 Y es, sin duda, varón pundonoroso.  
 Contradecir á Bruto no pretendo,  
 A hablar de lo que sé tan sólo vine.

Le amasteis una vez, y no sin causa.....  
 ¿Qué causa, pues, detiene vuestro llanto?  
 Razón, asilo entre las fieras busca,  
 Que los hombres prescinden de su juicio.—  
 Vuestro perdón reclamo, que con César  
 En su ataúd mi corazón se halla,  
 Y hablar no puedo hasta que al pecho torne.

CIUD. 4.º Hay mucho de verdad en lo que dice.

CIUD. 2.º Si con calma juzgáis, gran injusticia  
 Se cometió con César.

CIUD. 3.º ¿Piensas eso?—  
 Su puesto ocuparán otros peores.

CIUD. 4.º ¿Oísteis? Que no quiso la corona.  
 Que ambicioso no era es evidente.

CIUD. 1.º Pues si es así, le ha de pesar á algunos.

CIUD. 2.º ¡Qué buen alma! Cual fuego están sus ojos  
 Que enrojecen sus lágrimas.

CIUD. 3.º En Roma  
 En nobleza no iguala á Antonio nadie.

CIUD. 4.º Atención. Que principia hablar de nuevo.

ANTONIO. Ayer pudo de César la palabra  
 Contrarrestar al mundo. Muerto ahí yace,  
 Y ya ni el más humilde lo respeta.  
 ¡Oh, señores! si acaso pretendiese  
 Los corazones excitar, las almas  
 A rebelarse, á enfurecerse, en daño  
 De Bruto y Casio fuera; y bien os consta  
 Que ambos varones son pundonorosos.  
 No es mi ánimo ofenderlos, no; prefiere  
 Ofender á los muertos, á mí mismo,  
 Y á vosotros también, que hacer ofensa  
 A tan pundonorosos ciudadanos.  
 Mas tengo en mi poder un pergamino,  
 De César con el sello. En su bufete  
 Lo hallé. Su voluntad postrera es esa.  
 Que oiga el pueblo tan sólo el testamento—  
 Que leer no es mi ánimo: excusadme—  
 Y del difunto César las heridas  
 Querréis besar, y en su sagrada sangre  
 Paños empañaréis. De él un cabello  
 Reclamaréis como eternal memoria;  
 Y al morir y al testar, á vuestros hijos  
 Los legaréis cual valiosa herencia.

CIUD. 4.º A ver el testamento, Marco Antonio.

TODOS. El testamento, el testamento. Oigamos  
 La voluntad de César.

ANTONIO. Sed pacientes,  
 Caros amigos. Leéroslo no debo,  
 No está bien que sepáis cuánto os amaba.  
 Ni toscos leños sois, ni sois de piedra;

Sois hombres, y cual hombres, de seguro  
Que de César oyendo el testamento,  
Se encenderá furiosa vuestra sangre,  
Y perderéis el juicio: no es prudente  
Que sepáis que herederos os declara.  
Si lo supiérais, ¡qué no aconteciera!

CIUD. 1.º A ver el testamento, que lo oigamos.  
Antonio, el testamento, el testamento.

ANTONIO. ¿Calma tendréis? ¿Os mantendréis tranquilos?  
Mas de lo justo al mencionarlo, dije:  
Y me temo, tal vez, causar ofensa  
A esos pundonorosos ciudadanos  
Que á César traspasaron con sus dagas.  
En verdad que lo temo.

CIUD. 4.º Son traidores.  
Pundonorosos ciudadanos, ¡nunca!

TODOS. Su postrer voluntad. El testamento.

CIUD. 2.º Villanos fueron; fueron asesinos.  
A ver el testamento. El testamento.

ANTONIO. ¿A leéroslo, pues, queréis forzarme?  
Pues el cadáver circundad de César,  
Y mirad al autor del testamento.  
¿Descenderé? ¿Me concedéis permiso?

VARIOS CIUDADANOS. Baja.

CIUD. 2.º Desciende, pues.

CIUD. 3.º Permiso tienes.  
(Desciende del Rostro Antonio.)

CIUD. 4.º Un círculo formad en torno suyo.

CIUD. 1.º No os acerquéis al féretro, al cadáver.

CIUD. 2.º A Antonio, plaza dad. ¡Inclito Antonio!

ANTONIO. No os agolpéis; quedaos á distancia.

VARIOS CIUDADANOS. Atrás y plaza haced; atrás echaos.

ANTONIO. Si acaso tenéis lágrimas, ahora  
Preparados estad para verterlas.  
Todos recordaréis el manto este,  
Yo cuando César lo estrenó recuerdo:  
En una tarde de verano era,  
Y en su tienda se hallaba. En ese día  
Fué de los Nervios vencedor: miradlo.  
Aquí el puñal de Casio deslizóse;  
La brecha ved del envidioso Casca,  
Aquí la herida de su amado Bruto;  
Y al retirar el hierro maldecido,  
Ved cuál de César se agolpó la sangre,  
Cual si fuera de casa le siguiese  
A averiguar resuelta si era Bruto  
Quien de manera tan cruel llamaba.  
De César, cual sabéis, Bruto fué el numen.  
Juzgad, ¡oh Dioses! si le amaba César.  
Fué el golpe más cruento de entre todos.

El gran César, al ver su acometida,  
La ingratitud, venciéndolo, lo postra  
Mas fuerte que puñales de traidores,  
Y estalla al fin su corazón potente;  
Y su faz encubriendo con el manto,  
A los pies de la estatua de Pompeyo,  
Que su sangre tiñó, cayó el gran César!  
¡Cuánto con él cayó, compatriotas!  
Yo entonces, y vosotros, todos juntos  
Caímos también; y la traición sangrienta  
En tanto floreció sobre nosotros.  
Ahora lloráis. Os punza, ya lo veo,  
La compasión. ¡Oh lágrimas benditas!  
¡Almas nobles! ¡Lloráis al ver tan sólo  
De nuestro César las heridas vestes?  
Mirad, aquí. ¡Mirad aquí su cuerpo;  
Ahí lo véis por traidores lacerado!

CIUD. 1.º

¡Oh lamentable escena!

CIUD. 2.º

¡Noble César!

CIUD. 3.º

¡Día de horror!

CIUD. 3.º

¡Oh infames! ¡Oh traidores!

CIUD. 1.º

¡Oh sangriento espectáculo!

CIUD. 2.º

¡A vengarnos!

TODOS.

¡Venganza! ¡Presto! ¡Búsquense! ¡Incendiemos!

¡Fuego! ¡A matar! ¡A degollar! ¡Que muera

Todo traidor!

ANTONIO.

Compatriotas, calma.

CIUD. 1.º

¡Callad, Callad! Oid al noble Antonio.

2º CIUD.

Lo oiremos y sus huellas seguiremos Hasta morir.

ANTONIO.

Amigos excelentes,

Caros amigos míos, no os conmueva

Mi voz á rebelión tan repentina:

Pundonorosos son los que esto hicieron.

Por desgracia, quizás, privada queja,

Ignorada de mí, movió sus brazos.

Discretos son y son pundonorosos;

Y razones darán que os satisfagan.

No vengo á concitar vuestras pasiones,

Amigos. Orador no soy, cual Bruto,

Sino, cual todos me conocen, franco,

Hombre sencillo que á su amigo amaba,

Y esto lo saben bien los que me dieron

Para hablar de él aquí pública venia.

Ni inteligencia tengo, ni palabra,

Ni mérito, ni estilo, ni ademanes,

Ni el don de la oratoria que enardece

La sangre de los hombres,—hablo al caso;

Y os digo lo que todos ya conocen,

Del noble César muerto las heridas—

¡Ay pobres mudas bocas!—y les pido

Que ellas hablen por mí. Si fuera Bruto,  
Y Bruto fuera Antonio, hubiera Antonio  
Que exasperara vuestras almas; lengua  
Cada herida de César mostraria  
Que las piedras de Roma conmoviendo  
En rebelión á alzarse las forzara.

TODOS.

¡A rebelarnos!

CIUD. 1.º

¡A incendiar de Bruto

La mansión!

CIUD. 3.º

Vamos, pues, y buscaremos

A los conspiradores.

ANTONIO.

Escuchadme,

Compatriotas, permitid que siga.

TODOS.

Silencio, oid á Antonio. Al noble Antonio.

ANTONIO.

Ni aun sabéis á qué vais, amigos míos.

¿Merece César el cariño vuestro?

No lo sabéis; pues bien, debo aclararlo.

El testamento de que hablé olvidasteis

TODOS.

Verdad. El testamento. ¡Que lo oigamos!

ANTONIO.

¡Aquí lo veis! De César con el sello.

¡De Roma á cada ciudadano deja—

A cada cual—setenta y cinco dracmas!

CIUD. 2.º

¡Noble César! ¡Su muerte vengaremos!

CIUD. 3.º

¡Oh, regio César!

ANTONIO.

Con paciencia oidme.

TODOS.

Silencio.

ANTONIO.

Y, además, os ha legado

Todas las quintas tuyas, sus verjeles

Particulares, sus modernos huertos

A este lado del Tíber. Os los deja

A vosotros, y á vuestros sucesores,

Por siempre, como público recreo,

Para allí pasear y divertirlos,

¡Este era un César! ¿Cuándo tendréis otro?

CIUD. 1.º

¡Jamás! ¡jamás! Marchemos de aquí. ¡Vamos!

Quememos en sagrado su cadáver,

Y con las teas á incendiar las casas

De los traidores.—Recoged el cuerpo.

CIUD. 4.º

Que traigan fuego.

CIUD. 3.º

Destrozad los bancos.

CIUD. 4.º

Asientos ó ventanas. Cualquiera cosa.

(Vanse llevando el cadáver de César.)

ANTONIO.

¡Que cunda, pues! Malignidad humana,

En pie ya estás. Camina á tu capricho.

Entra un SIERVO.

¿Qué ocurre, dí?

SIERVO.

Llegó ya Octavio á Roma.

ANTONIO.

¿En dónde está?

SIERVO. Con Lépido se halla  
En la casa de César.

ANTONIO. Corro á verle.  
Ha venido á medida del deseo.  
De buen humor se encuentra la Fortuna,  
Y todo darnos puede en ese estado.

SIEVIEN. Dicen que Bruto y Casio, cual dementes,  
De Roma por las puertas han huido.

ANTONIO. Puede ser que supieran de qué modo  
Al pueblo conmoví. Llévame á Octavio. (Vanse)

### ESCENA III.

Roma.—Una calle.

Entra CINA el poeta.

CINA. Soñé esta noche que cené con César,  
Y siniestras imágenes me acosan.  
Afán no tengo de salir de casa,  
Pero secreta sensación me impulsa.

Entran CIUDADANOS.

CIUD. 1.º —¿Tu nombre?

CIUD. 2.º —¿A dónde vas?

CIUD. 3.º —¿Dónde vives?

CIUD. 4.º —¿Eres casado ó soltero?

CIUD. 2.º —Contesta á todo inmediatamente.

CIUD. 1.º —Y brevemente.

CIUD. 4.º —Y con discreción.

CIUD. 3.º —Y con veracidad. Te trae cuenta.

CINA. —Cómo me llamo. A dónde voy. Dónde vivo. Si soy casado ó soltero. Y luego, que responda inmediatamente, y brevemente, y con veracidad, y con discreción. Digo, con discreción, que soy soltero.

CIUD. 2.º —Vale tanto como decir que necios son los que se casan. Me temo que me debes, una bofetada por eso. Sigue, inmediatamente.

CINA. —Inmediatamente voy á los funerales de César

CIUD. 1.º —¿Como amigo ó como enemigo?

CINA. —Como amigo.

CIUD. 2.º —Inmediatamente contestaste á ese punto.

CIUD. 4.º —Ahora sepamos dónde vives, brevemente.

CINA. —Brevemente. Vivo cerca del Capitolio.

CIUD. 3.º —Tu nombre, la verdad.

CINA. —La verdad, me llamo Cina.

CIUD. 1.º —Hacedlo pedazos. Es un conspirador.

CINA. —Soy Cina el poeta. Soy Cina el poeta.

CIUD. 4.º —Hacedlo pedazos por autor de malos versos. Hacedlo pedazos por autor de malos versos.

CINA. —No soy Cina el Conspirador.

CIUD. 4.º —No importa. Se llama Cina. Sólo le arrancaremos el nombre del corazón, y le dejaremos ir.

CIUD. 3.º —Hacedlo pedazos. Hacedlo. pedazos. Vamos; teas, fuego á la casa de Bruto. A la de Casio. Incendiamos todo. Algunos á la casa de Decio. Otros á la de Casca. Otros á la de Ligurio. Vamos. Vamos, (vanse.)



## ACTO CUARTO.

### ESCENA PRIMERA.

Roma.—Habitación en la casa de Antonio.

ANTONIO, OCTAVIO y LÉPIDO sentados alrededor de una mesa.

- ANTONIO. Éstos, pues, deben de morir. Sus nombres  
Anotados están.
- OCTAVIO. También tu hermano,  
Lépido; ¿te conformas?
- LÉPIDO. Me conformo.
- OCTAVIO. Pues anótalo, Antonio.
- LÉPIDO. Pero Publio,  
Que es, Marco Antonio, el hijo de tu hermana,  
Tampoco vivirá.
- ANTONIO. Que muera.—Mira:  
Queda con esta marca condenado.  
Mas de César ve, Lépido, a la casa.  
Su testamento nos traerás. Veremos  
Cuáles legados reducir se pueden.
- LÉPIDO. ¿Vuelvo después?
- OCTAVIO. Aquí ó al Capitolio.  
(Vase Lépido.)
- ANTONIO. Este es un hombre miserable y nulo;  
Para mensajes útil. Si partimos  
El mundo en tres porciones, ¿debe, acaso,  
Ser uno de los tres que lo disfruten?
- OCTAVIO. Tú lo pensaste así, pues que su voto  
Aceptas para ver quiénes se anotan  
En nuestra negra lista de proscriptos.
- ANTONIO. Octavio, más que tú pasar ví días.  
Si le cargamos con honores tales  
Para aliviarnos de ominoso peso,  
Llevarlos debe, cual el asno el oro.  
Sudando y jadeando con la carga  
Guiado por nosotros ó arreado.  
Después que ese tesoro nos conduzca,  
Se le quita la carga; y, despedido,  
En pelo que sacuda sus orejas,  
Y al ejido á pacer luego se vaya.
- OCTAVIO. Hazlo, mas es leal cual es valiente.
- ANTONIO. Mi caballo lo es; por eso mismo  
Exuberante pienso le señalo,  
Le enseñó á guerrear, á encabritarse,  
A pararse, á correr en línea recta,

Gobernando mi espíritu su cuerpo.  
 Pues hagamos con Lépido lo mismo.  
 Se doma, se le enseña y se le manda.  
 Espíritu infeliz que se alimenta  
 De imitaciones y de inmundos restos,  
 Pues lo usado por otros y añejado  
 Cual nuevo luce. Hablemos de él tan solo  
 Cual de una propiedad. Mas basta. Escucha,  
 Octavio, lo importante. Bruto y Casio  
 Fuerzas reúnen. Para hacerles frente,  
 Debemos reforzar nuestra alianza,  
 Mover á los amigos más leales,  
 Asegurar nuestros recursos todos;  
 Y, en consejo reunidos, sin demora  
 Tratar de descubrir planes ocultos,  
 O de afrontar peligros transparentes.

OCTAVIO. Sí tal; que al potro estamos hoy sujetos.  
 Numerosos contrarios nos acosan,  
 Y algunos que sonríen me parece  
 Que males mil presagian. (Vanse.)

## ESCENA II.

Ante la tienda de Bruto en el campamento cerca de Sardis.

Tambores.—Entran BRUTO, LUCILO, TITINO y soldados.  
 PÍNDARO les sale al encuentro. LUCIO á cierta distancia.

BRUTO. ¡Alto!  
 LUCILO. La seña y alto.  
 BRUTO. Y bien, Lucilo,  
 ¿Dónde está Casio?  
 LUCILO. Cerca está. Te quiere  
 Píndaro ver de parte de su amo.  
 (Píndaro entrega una carta á Bruto.)  
 BRUTO. Es amistosa.—Píndaro, ya sea  
 Por propia inspiración ó mal consejo,  
 Tu amo me dió motivos suficientes  
 Para ansiar que lo hecho se anulara.  
 Mas quiero, si está cerca, cerciorarme.  
 PÍNDARO. No dudo que hallarás que tan discreto  
 Es mi noble señor, como es honrado.  
 BRUTO. Nadie lo duda.—Díme tú, Lucilo.  
 ¿Cómo te recibió?—Que yo lo sepa.  
 LUCILO. Con asaz gentileza y cortesía.  
 Mas no con ese familiar agracio,  
 Ni con el modo franco y amistoso  
 Que usaba en otros tiempos.  
 BRUTO. Has descrito



Condenaste, infamaste á Lucio Pela  
 Porque fué por los Sardos sobornado,  
 Y mi carta, pidiendo por un hombre  
 Que me era conocido, desdeñaste.

BRUTO. Con esa petición tú te ofendiste.

CASIO. En estas circunstancias no conviene  
 Tan nimio ser en castigar ofensas.

BRUTO. Pues permíteme, Casio, que te diga  
 Que aun á tí vituperan porque sabes  
 Abrir tu mano y vendes y subastas  
 Los cargos por el oro á gente inepta.

CASIO. ¿Que sé yo abrir mi mano? Bruto, sabes  
 Que Bruto y nadie más eso me dice.  
 Si otro lo hiciera, por los Dioses juro  
 Que estas fueran sus últimas palabras.

BRUTO. Tal corrupción de Casio el nombre encubre,  
 Y por eso su faz vela el castigo.

CASIO. ¡El castigo!

BRUTO. ¡Acuérdate de marzo! ¡De los idus  
 Acuérdate de marzo! ¿Derramada  
 En aras, dí, no fué de la justicia  
 De Julio el potentísimo la sangre?  
 ¿Quién, infame, lo hirió que no lo hiriera  
 De la justicia en nombre? ¿Por ventura,  
 Los que al hombre más ínclito mataron  
 Porque encubrió ladrones, hoy pretenden  
 Manchar sus manos con el vil soborno,  
 El vasto campo del honor vendiendo  
 Por la miseria que en el puño cabe?  
 Antes que tal Romano, can sería  
 Y ladrara á la luna.

CASIO. No tolero.  
 Bruto, que á mí me ladres.—Te equivocas  
 Si quieres reprenderme. Soy soldado  
 Más antiguo que tú; mas competente  
 Para asuntos que tú.

BRUTO. Casio, no.—Calla.

CASIO. Sí tal.

BRUTO. Digo que no.

CASIO. No me provoques,  
 O de mí no respondo. Ten en cuenta  
 Que te puede pesar. No me exasperes.

BRUTO. Indigno, aparta.

CASIO. Mas ¿será posible?

BRUTO. Escucha. Quiero hablar. ¿Será preciso  
 Ante tu ciega cólera inclinarme?  
 ¿Temblar ante el asombro de un demente?

CASIO. ¡Dioses! ¡Oh Dioses! ¿Soportar es fuerza  
 Todo esto!

BRUTO. Si, todo.—Más acaso.

Enfurécete, pues, hasta que estalle  
Tu altivo corazón. Vé. Patentiza  
Cuán colérico eres á tus siervos.  
Témante tus esclavos.—¿Apartarme,  
Observarte, ponerme de rodillas  
Debo yo si la cólera te asalta?  
¡Juro á los Dioses todos!—De tu bilis  
Vas el veneno á digerir tú mismo,  
Aunque te haga estallar; pues desde ahora  
De tí me burlaré, pienso reirme  
Cuando iracundo estés,

CASIO.                       ¿Y el fin es este?

BRUTO.                   ¿No dices que eres tú mejor soldado?  
Pues pruébalo.—Confirma tu jactancia.  
Yo lo celebraré; pues, por mi parte,  
De hombre más hábil aprender deseo.

CASIO.                   Me ofendes más y más y en todo,  
Bruto. Mejor no dije; dije más antiguo.—  
¿Dije mejor?

BRUTO.                   Si acaso, no me importa.

CASIO.                   César tratarme así no osara nunca.

BRUTO.                   ¡Bah! Nunca así desesperale osaras.

CASIO.                   ¿No osara?

BRUTO.                   No.

CASIO.                   ¿No osara provocarle?

BRUTO.                   ¡No osaras, por tu vida!

CASIO.                   Demasiado

Con mi amistad no cuentas, que pudiera  
Hacer lo que por siempre lamentara.

BRUTO.                   Lo que debieras lamentar has hecho.

Casio, tus amenazas no me aterroran.  
De mi honradez tan fuerte es la armadura,  
Que, cual el viento que desprecio, pasan.  
Cierta suma de oro me negaste  
Que te mandé pedir, pues no me es dado  
Por torpes medios levantar dinero.

Te juro que mejor acuñaría

Mi corazón y convirtiera en dracmas

Mi sangre gota á gota, que vilmente

Arrebatara pitanza miserable

De las manos callosas de un labriego.

Oro yo te pedí para mis tropas:

Rehusaste. ¿Díme cómo Casio obraste?

Yo á Cayo Casio nunca así trataría.

CASIO.                   Jamás te lo negué.

BRUTO.                   Sí tal.

CASIO.                   No es cierto.

Un imbécil te trajo mi respuesta.

Mi corazón has taladrado, Bruto.

Conllevar los defectos del amigo

Al amigo le toca; pero agrandas,  
Bruto, los míos.

BRUTO. Sólo cuando quieres  
Que yo por ellos sufra.

CASIO. No me aprecias.

BRUTO. No celebro tus faltas.

CASIO. Esas faltas  
Jamás vieran los ojos del amigo.

BRUTO. Los del adulador, por más que lucen  
Cual el Olimpo grandes.

CASIO. Antonio, ven, y ven, joven Octavio;  
Saciad vuestra venganza en Casio solo,  
Que harto del mundo ya Casio se halla.  
Lo detesta su amigo, lo escarnece  
Su hermano, lo castigan como á siervo;  
Escudriñan sus faltas, que se apuntan,  
Que se estudian y aprenden de memoria  
Para luego arrojárselas en rostro.  
¡Oh, mi espíritu en lágrimas vertiera!  
Ten mi puñal. Desnudo está mi pecho.  
Hay dentro un corazón, al que no igualan  
Las minas de Plutón, oro ninguno.  
Arráncamelo, pues, si eres Romano.  
Mi corazón, si oro negué, te entrego.  
Hiéreme cual á César; que me consta  
Que cuando más lo odiaste, lo quisiste  
Más que en tu vida tú quisiste á Casio.

BRUTO. Envaina tu puñal, y desahoga  
Tu mal humor. Harás lo que quisieres  
Aun la deshonor juzgaré que es chanza.  
Con un cordero estás uncido, oh Casio.  
En él la ira existe, cual existe  
Fuego en el pedernal; al golpearle  
La chispa da, mas rápido se enfría.

CASIO. ¿Y Casio vive para ser ludibrio,  
Causar la risa de su amado Bruto  
Cuando el enojo y el dolor lo agobian?

BRUTO. Enojado también aquello dije.

CASIO. ¡Y lo confiesas tú? Dáme tu mano.

BRUTO. Toma también mi corazón.

CASIO. Oh Bruto...

BRUTO. ¿Qué?

CASIO. ¿No me tienes amistad bastante  
Para sobrellevar el genio pronto  
Que mi madre me ha dado y que me ciega?

BRUTO. Sí, Casio, y desde ahora, si te enojas  
En exceso con Bruto, que regaña  
Tu madre pensaré sin ofenderme.

POETA. (Dentro.) Ver á los generales permitidme.  
Están enemistados, y no es justo

Dejarlos solos.  
LUCIO. (Dentro.) No entraréis.  
POETA. (Dentro.) La muerte  
Sólo me detendrá.

Entra el POETA seguido de LUCIO y TITINO.

CASIO. ¡Decid! ¿qué pasa?  
POETA. ¡Qué oprobio, generales! ¿Cómo es esto?  
Haya paz. Sed amigos, como deben  
Ser dos personas de tan gran valía.  
A un viejo caso haced, por vida mía.  
CASIO. ¡Y qué mal rima el cínico insolente!  
BRUTO. ¡Fuera de aquí, desvergozado, fuera!  
CASIO. No le hagas caso, Bruto, que es su estilo.  
BRUTO. Sabré cuál es su estilo, cuando sepa  
Él oportuno ser. ¿Para qué acuden  
A las guerras tan necios cantadores?  
Vámonos, compañero.  
CASIO. Fuera. Fuera.  
(Vase el Poeta.)  
BRUTO. Id, Lucilo y Titino, que acuartelen  
Esta noche los jefes sus legiones.  
CASIO. Volveréis, y Mesala con vosotros  
Que al punto venga.  
(Vanse Lucilo y Titino.)  
BRUTO. Lucio, danos vino.  
CASIO. Nunca pensé que así te enojarías.  
BRUTO. Grandes penas, oh Casio, me atormentan.  
CASIO. Filósofo no eres, si te agobian  
Pasajeras desdichas.  
BRUTO. Nadie sufre  
Como yo su desgracia.—Porcia ha muerto.  
CASIO. ¿Qué dices? Porcia...  
BRUTO. Muerta.  
CASIO. ¿Cómo pude eludir que me mataras  
Al disputar contigo de esa suerte?  
¡Oh pérdida terrible y dolorosa! ¿De qué murió?  
BRUTO. De angustia por mi ausencia,  
Y pena al ver que Octavio y Marco Antonio  
Terreno iban ganando. Tal noticia  
Llegó con la noticia de su muerte.  
Y ascuas tragó desesperada entonces,  
Cuando sola quedó.  
CASIO. ¿Murió por eso?  
BRUTO. Verdad cruel.  
CASIO. ¡Oh Dioses inmortales!  
Entra LUCIO con vino y un cirio.  
BRUTO. No la nombremos más. Venga la copa.  
Aquí sepultaré, Casio, mi enojo. (Bebe.)

CASIO. Tiene mi pecho sed del brindis ése.  
Llena, Lucio, la copa y que rebose.  
No me hartaré de la amistad de Bruto (Bebe.)

BRUTO. Entra, Titino. (Vase Lucio.)  
Vuelven á entrar TITINO con MESALA.  
Bien venido seas,  
Buen Mesala. Sentémonos ahora  
En torno de esta luz; y los asuntos  
Discutiremos.

CASIO. ¡Porcia ya no existe!

BRUTO. ¡No más! ¡No más!—He recibido cartas,  
Mesala, en que me dicen que á Filipos  
Grandes fuerzas Octavio y Marco Antonio  
Contra nosotros encaminan.

MESALA. Tengo  
Idénticas noticias.

BRUTO. ¿Nada añaden?

MESALA. Que Octavio, Antonio y Lépido, por auto  
De proscripción, á muerte han condenado  
A unos cien Senadores.

BRUTO. Nuestras cartas  
No concuerdan. Setenta Senadores  
Han perecido ya, dicen los míos.  
Cicerón uno.

CASIO. ¡Cicerón!

MESALA. Ha muerto  
Por esa ley de proscripción. ¡Tuviste  
Escrito de tu esposa?

BRUTO. No, Mesala.

MESALA. ¿Ni de ella te dan nuevas?

BRUTO. No, Mesala.

MESALA. Pues lo extraño.

BRUTO. ¿Por qué me lo preguntas?  
¿Qué sabes?

MESALA. Nada sé.

BRUTO. Como Romano  
Que eres tú, dime la verdad.

MESALA. Soporta  
Como Romano la verdad, entonces.  
Sabe que ha muerto y de manera extraña.

BRUTO. ¡Adiós, Porcia! Morir es necesario,  
Mesala; y, meditando en lo forzosa  
Que era su muerte un día, con paciencia  
Ahora su muerte soportar consigo.

MESALA. Así los grandes hombres, penas grandes  
Deben sobrellevar.

CASIO. Es mi doctrina  
La tuya, pero así sobrellevarlas  
No pudiera jamás.

BRUTO. A nuestra obra.



¿Marchar no se debiera de seguida  
A Filipos?

CASIO. No juzgo que convenga.

BRUTO. La razón.

CASIO. Allá va. Más nos conviene  
Que nos venga á buscar el enemigo;  
Pues de ese modo apura sus recursos.  
Fatiga á sus soldados y se daña,  
Mientras que aquí nosotros le esperamos  
Descansados, dispuestos y en acecho.

BRUTO. Los buenos argumentos á mejores  
Deben siempre ceder. De aquí á Filipos  
Poco afectos nos son los naturales,  
Que aun dar contribuciones eludieron,  
El enemigo, entre ellos caminando,  
Aumentará su número, y más fuerte  
Llegará de ese modo y con más brío.  
Mas no podrán gozar de esas ventajas  
Si á su encuentro marchamos á Filipos,  
Dejando á las espaldas á esa gente.

CASIO. Querido hermano, escúchame.

BRUTO. Perdona.

Ten presente también que ya nos dieron  
Todo nuestros amigos. Que repletas  
Están nuestras legiones, y madura  
La causa nuestra está; que el enemigo  
Aumenta sin cesar, mientras nosotros,  
Ahora en la cumbre, declinar podemos.  
En humanos asuntos hay mareas  
Que en creciente tomadas, nos conducen  
A la prosperidad: si no circundan  
Escollos el viaje de la vida.  
En semejante mar hoy navegamos  
Y la corriente aprovechar debemos  
O sucumbir.

CASIO. Marchemos, pues, si quieres.

A buscarlos iremos á Filipos.

BRUTO. Hablando nos llegó la media noche

Y debe obedecer naturaleza

A la necesidad. Breve reposo

Racionémosle, pues. ¿Qué más te ocurre?

CASIO. Nada más; buenas noches. Con el alba

Partiremos de aquí.

BRUTO. Mi manto, Lucio.

Mesala, adiós. Titino, buenas noches,

Y buenas noches, noble, noble Casio.

A descansar.

CASIO. ¡Querido hermano mío!

Tuvo esta noche pésimo comienzo.

Nunca jamás discordias semejantes

Separen nuestras almas: nunca, Bruto.  
BRUTO.                  Todo ha pasado ya.  
CASIO.                      Felices noches.  
BRUTO.                  Felices noches tú, querido hermano.  
TITINO y MESALA. Buenas noches, señor.  
BRUTO.                      Salud á todos.  
                                (Vanse Casio, Titino y Mesala.)  
                                Vuelve á entrar LUCIO con el manto.

**Mi manto dame.—¿Dónde está tu lira?**

LUCIO.                  Aquí en la tienda.  
BRUTO.                      ¡Estás medio dormido!  
                                ¡Infeliz! no te culpo, que te tienen  
                                En vela por demás. A Claudio llama,  
                                Y á otro siervo también; quiero que duerman  
                                Aquí sobre cojines en mi tienda.  
LUCIO.                      ¡Varro! ¡Claudio!  
                                Entran VARRO y CLAUDIO.  
VARRO y CLAUDIO.          ¿Llamaba el amo nuestro?  
BRUTO.                  Amigos, acostáos os suplico,  
                                Y dormid en mi tienda, que más tarde  
                                Puede ser que os despierte y os confíe  
                                Una misión para mi hermano Casio.  
VARRO.                  Señor, si te parece, en pie podemos  
                                Órdenes esperar.  
BRUTO.                      No lo permito.  
                                Acostáos, amigos. Por ventura  
                                Puedo mudar de parecer. ¡Eh, Lucio!  
                                Aquí está el libro que buscaba tanto:  
                                Lo puse de mi veste en el bolsillo.  
LUCIO.                  Cierto estaba que á mí no me lo diste  
                                Para guardar, señor.  
BRUTO.                      ¡Pobre muchacho!  
                                ¡Perdóname si soy olvidadizo!  
                                ¿Tus párpados pesados, díme, puedes  
                                Levantar, y cantarme un par de estrofas?  
LUCIO.                  Sí, señor, si te agrada.  
BRUTO.                      Sí, muchacho.  
                                Por demás te molesto, mas conozco  
                                Tu buena voluntad.  
LUCIO.                      Deber es mío.  
BRUTO.                  Tu deber reclamar no deseara  
                                Más allá de tus fuerzas; y descanso  
                                Necesita, lo sé, la sangre joven.  
LUCIO.                  Ya he dormido, señor.  
BRUTO.                      Perfectamente.  
                                Y á dormir volverás. Por poco tiempo  
                                Te detendré. Contigo bondadoso  
                                Seré mientras viviere.  
                                (Música. Una canción: al final Lucio se duerme.)

¡Somnolienta canción! —Sueño asesino,  
¿Dejas caer tu poderosa maza  
Sobre el joven que música te ofrece?  
¡Joven gentil, descansa! No deseo  
Tu sueño interrumpir, pero la lira  
Vas á romper si inclinas la cabeza.—  
Yo te la quitaré.—Joven, descansa  
Vamos á ver; vamos á ver. ¿Del libro  
No doblé yo la hoja? Quizá es ésta.

Entra la SOMBRA de CÉSAR.

Qué mal arde esta luz.—Oh ¿quién es ése?—  
¿Son mis débiles ojos quienes forjan  
La monstrüosa aparición que avanza?  
¿Eres algo, eres Dios, numen ó genio,  
Que me hiela la sangre y me espeluzna?  
Contéstame. ¿Quién eres?

SOMBRA. Bruto, tu mal espíritu.

BRUTO. ¿Qué traes?

SOMBRA. Decirte que en Filipos nos veremos.

BRUTO. ¿Otra vez nos veremos?

SOMBRA. En Filipos.

BRUTO. Está bien. Nos veremos en Filipos.

(Vase la sombra).

¿Cuando mi brío recobré te ahuyentas?

Espíritu, quisiera más decirte.—

¡Muchacho! ¡Lucio! ¡Varro! ¡Claudio! ¡Presto!

¡Despertad!—¡Claudio!

LUCIO. Están, señor, las cuerdas destempladas.

BRUTO. Piensa tañer aún.—Lucio, despierta.

Soñabas, Lucio, cuando así gritaste.

LUCIO. No recuerdo, señor, haber gritado.

BRUTO. Pues tú gritaste. Díme lo que viste.

LUCIO. Nada, señor.

BRUTO. Sigue durmiendo, Lucio.

Hola, tú, Claudio. Escucha, tú, despierta.

(A Varro.)

VARRO. Señor.

CLAUDIO. Señor.

BRUTO. ¿Por qué al soñar gritasteis?

VARRO y CLAUDIO. Señor, ¿hemos gritado?

BRUTO. ¿Qué habéis visto?

VARRO. Nada he visto, señor.

CLAUDIO. Ni yo tampoco.

BRUTO. Id á mi hermano Casio, y que sus tropas

Ponga temprano en marcha, que más tarde

Las mías seguirán.

VARRO y CLAUDIO. Serás servido. (Vanse.)

## ACTO QUINTO.

### ESCENA PRIMERA.

Las llanuras de Filipos.

Entran OCTAVIO, ANTONIO y su ejército.

OCTAVIO. No se confirma tu opinión, Antonio.  
Que no osara bajar el enemigo.  
Dijiste tú; que fuerte en la montaña  
Y en las altas mesetas quedaría:  
No es así; se disponen á la lucha.  
Aquí, en Filipos, afrontarnos quieren,  
Y antes que demandemos nos responden.

ANTONIO. ¡Bah! Los comprendo. Sé por qué tal hacen  
A otro sitio se fueran; mas avanzan  
Con el valor del miedo, imaginando  
Que con esa ficción han de inducirnos  
A creer en el brío que no tienen.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJ. ¡Alerta, generales! En batalla  
Avanza el enemigo, enarbolando  
El emblema sangriento del combate,  
Y de seguida prepararse es fuerza.

ANTONIO. Octavio, con tus tropas lentamente  
Del campamento por la izquierda avanza.

OCTAVIO. Por la derecha yo; tú por la izquierda.

ANTONIO. ¿Por qué en apuro tal me contradices?

OCTAVIO. Lo que te digo haré; no contradigo. (Marcha.)

Tambores. Entran BRUTO, CASIO y su ejército, LUCINO,  
TITINO, MESALA y otros.

BRUTO. Se paran. Quieren parlamento.

CASIO. ¡Firmes!  
Titino, es fuerza discutir con ellos.

OCTAVIO. ¿Sonamos el ataque, Marco Antonio?

ANTONIO. No: respondamos, César, a su ataque.  
¡Marchen!—Hablar los generales quieren.

OCTAVIO. Hasta dar la señal nadie se mueva.

BRUTO. Antes hablar que herir.—Compatriotas,  
¿No es así?

OCTAVIO. No por eso preferimos  
El hablar como tú.

BRUTO. Buenas palabras  
Valen, Octavio, más que malos golpes.

ANTONIO. Con malos golpes das palabras buenas.

Sí; taladraste el corazón de César,  
Y «viva César» exclamaste.

BRUTO. Antonio.  
La fuerza de tus golpes ignoramos;  
Mas tu palabra de la abeja hiblea  
Robó la miel.

ANTONIO. El agujón dejéle.

BRUTO. Ni voz siquiera. Su zumbido mismo  
Le arrebataste, Antonio, y con cordura  
Nos amenazas sin herir.

ANTONIO. ¡Infames!  
¡Eso no hicisteis cuando, hiriendo á César,  
Se atrepellaron vuestras viles dagas!  
Sonreisteis cual jimios, cual lebreles  
Lo halagasteis. Besasteis de rodillas,  
Como esclavos, sus pies; y, mientras tanto,  
Casca el maldito, por detrás, vil perro,  
A César pudo herir.—¡Aduladores!

CASIO. ¡Aduladores...! Date gracias, Bruto.  
No insultara esa lengua de ese modo  
A haberse oído la opinión de Casio.

OCTAVIO. Vamos, pues, al asunto. Si argumentos  
Sudor nos hace derramar, las pruebas  
A estas gotas darán color más rojo.  
¡Contemplad!  
Mi espada enhiesta ved contra traidores.  
¿Cuándo esta espada volverá a su vaina?  
O vengará las treinta y tres heridas  
De César, ó agregado irá otro César  
A los despojos de traidores hierros.

BRUTO. No morirás á manos de traidores,  
A no ser, César, que contigo vengan.

OCTAVIO. Así lo espero. Porque no he nacido  
Para morir por el puñal de Bruto.

BRUTO. ¡Oh joven! Ni al más digno de tu raza  
Hallar le es dado más honrosa muerte.

CASIO. ¡Necio escolar! Indigno de tal honra,  
A un farsante ligado, á un libertino.

ANTONIO. ¡Casio el viejo de siempre!

OCTAVIO. Ven, Antonio.  
A la cerviz os lanzaré mi reto.  
Salid, traidores, á luchar al campo,  
Hoy mismo, ó cuando el ánimo os impulsa.  
(Vanse Octavio, Antonio y su ejército.)

CASIO. Ahora, vientos, rugid; hinchaos, olas:  
Nave, á flotar, que la borrasca llega,  
Y ya la suerte es árbitra de todo.

BRUTO. ¡Eh, tú, Lucilo! Oye una palabra.

LUCILO. Señor. (Bruto y Lucilo hablan aparte.)

CASIO. Mesala.

MESALA. General, ¿qué es ello?  
CASIO. Años cumplo, Mesala, en este día.  
Sí, tal día cual hoy la luz vió Casio.  
Tu mano, pues, Mesala. Sé testigo  
De que así cual forzaron á Pompeyo  
Contra su voluntad, á mí me fuerzan  
A aventurar en un encuentro solo  
Las libertades nuestras. De Epicuro  
Mantuve siempre la opinión: te consta.  
Pues ya mudé de parecer; y creo  
Que, á veces, los sucesos se presagian.  
Sobre la enseña nuestra se posaron  
Dos águilas magníficas, viniendo  
De Sardis, y cuidadas y cebadas  
A mano fueron por las tropas nuestras,  
Sirviéndonos de escolta hasta Filipos.  
Hoy volaron, huyeron; y ahora, grajos,  
Cuervos y buitres, á su vez, se ciernen  
Sobre nuestras cabezas, y nos miran  
Juzgándonos botín agonizante.  
Dospel fatal sus sombras asemejan,  
Y á su influjo, las tropas desfallecen.

MESALA. No lo creas,  
CASIO. Lo creo sólo en parte;  
Que á afrontar los peligros me preparo  
Con decisión y espíritu sereno.

BRUTO. Así, Lucilo.  
CASIO. Noble Bruto, escucha.  
Hagan los Dioses hoy que en paz y amigos  
A la vejez avancen nuestros días;  
Mas, siendo incierta del mortal la suerte,  
Qué hacer, si ocurre lo peor, pensemos.  
Si se perdiere la batalla, es esta  
La última vez que juntos conversamos.  
¿Qué hacer en ese caso te propones?

BRUTO. Conforme con preceptos que me hicieron  
A Catón inculpar porque la muerte  
A. sí propio se dió (por qué, lo ignoro,  
Pero vil y cobarde considero  
Apresurar el curso de la vida  
Por el temor de lo que ocurra) armarme  
De paciencia, esperando los mandatos  
Del excelso poder que aquí nos rige.

CASIO. Entonces, si perdemos la batalla,  
¿Te agrada que en su triunfo te conduzcan  
De Roma por las calles?

BRUTO. No, Casio, no.—Jamás, noble Romano  
A Roma llevarán cautivo á Bruto.  
Su gran alma lo veda. Mas precisa  
Llegar al fin hoy mismo de la obra

Que los idus de marzo comenzaron;  
 E ignoro yo si á vernos volveremos.  
 Nuestro eternal adiós éste, pues, sea.  
 Por siempre adiós; adiós por siempre, Casio.  
 Si otra vez nos hallamos, sonreiremos;  
 Y si no, bien estuvo el despedirnos.

CASIO. Por siempre adiós; adiós por siempre, Bruto.  
 Si otra vez nos hallamos, sonreiremos;  
 Si no... sí... bien estuvo el despedirnos.

BRUTO. Pues bien. Avanza. ¡Quién saber pudiera  
 El fin de los sucesos de este día!  
 Mas pues que fin tendrán, que eso nos baste.  
 Que el fin así sabremos. ¡Vamos! ¡Vamos! (vanse.)

## ESCENA II.

Las llanuras de Filipos.—Otra parte del campamento.  
 Clarines.—Entran BRUTO y MESALA.

BRUTO. Vé, galopa, Mesala, y esta orden  
 Del otro flanco á las legiones lleva.  
 Que al punto ataquen, pues tibieza observo  
 En el ala de Octavio. Repentino  
 Ataque, de seguro los arrolla.  
 A galope, Mesala. Dí que avancen. (vanse.)

## ESCENA III.

Las llanuras de Filipos.—Otra parte del campo.  
 Clarines.—Entran CASIO y TITINO.

CASIO. Titino, observa. Los villanos huyen.  
 Yo me he vuelto enemigo de los míos  
 Esta mi enseña, que aquí ves, huía,  
 Pero, maté, se la quité al cobarde.

TITINO. Casio, Bruto atacó fuera de tiempo,  
 Creyó tener ventaja sobre Octavio  
 Y la siguió con demasio brío.  
 Se entregan sus soldados al pillaje,  
 Y á nosotros Antonio nos circunda.

Entra PÍNDARO.

PÍNDARO. Huye lejos, señor. Huye más lejos.  
 Ha cogido tus tiendas Marco Antonio.  
 Huye, pues, noble Casio... más, más lejos.

CASIO. Este collado está lejos bastante.  
 Titino, mira. ¿Son mis tiendas esas

Que miro arder?  
TITINO. Lo son.  
CASIO. Si es que me quieres,  
Titino, mi caballo monta, y clava  
El aguijón en él, hasta que alcances  
A ver á aquellas tropas, y retornes,  
Y me persuada, de una vez, si tropas  
Del enemigo son ó gente nuestra.  
TITINO. Rápido volaré cual pensamiento. (Vase.)  
CASIO. Trepa el collado, Píndaro. Mi vista  
Siempre imperfecta fué. Sigue á Titino  
Y dime lo que notes en el campo.  
(Píndaro sube por el collado).  
La luz primera he visto en este día.  
¡Pues que principio fué, término sea,  
Y el ciclo de mi vida aquí se cierre!  
Dí ¿qué ves?  
PÍNDARO. (Desde lo alto.) ¡Oh, señor!  
CASIO. ¿Qué ves?  
PÍNDARO. (Desde lo alto). Titino  
Envuelto está... Jinetes lo persiguen...  
Pero espolea... Rápidos le alcanzan...  
Vuela Titino... Se desmontan varios;  
También Titino... prisionero... escucha .. (Gritos.)  
Alegres gritan.  
CASIO. Ven, y más no veas.  
¡Oh cobarde! ¡Vivir mientras cautivan,  
En mi presencia, á mi mejor amigo!  
(Píndaro baja del collado).  
Ven.—Al hacerte en Partia prisionero,  
Y al salvarte la vida, me juraste  
Obedecer mis órdenes sumiso.  
Tu juramento cumple. Ven: sé libre;  
Y con este buen hierro que de César  
Las entrañas hirió, mi pecho busca.  
No respondas. El puño ten; y cuando  
Cubierto tenga el rostro—cual ahora,—  
Hiéreme.—Ya vengado te hallas, César;  
Y con la espada que causó tu muerte. (Muere).  
PÍNDARO. ¡Libre por fin! Mas no por gusto mío.  
¡Oh Casio! Lejos Píndaro camina  
Donde nunca Romano vuelva á verlo.

Vuelven á entrar TITINO y MESALA.

MESALA. Es empate, Titino, pues á Octavio  
Han vencido de Bruto las legiones,  
Cual ha vencido á las de Casio Antonio.  
TITINO. Dará consuelo á Casio la noticia.  
MESALA. ¿En dónde se quedó?



TITINO. Desconsolado  
 Con Píndaro, su siervo, en este monte.

MESALA. ¿No es ése allí tendido?

TITINO. No asemeja  
 Vida tener. ¡Ay triste!

MESALA. Dí, ¿no es ése?

TITINO. Lo fué, Mesala. Ya no existe Casio.  
 Como entre rojos rayos esta noche  
 Te ocultas, sol poniente, muere el día  
 De Casio con su roja sangre envuelto.  
 ¡El sol de Roma, nuestro sol se puso!  
 Nubes, venid, escarchas y desdichas.  
 ¡Nuestras hazañas todas hoy concluyen!  
 ¿Su recelo por mí, le indujo al acto!

MESALA. Su recelo del fin le indujo al acto.  
 Funesto error, de la tristeza engendro,  
 ¿Por qué al mísero espíritu del hombre  
 Haces ver cual verdad lo que no existe?  
 Error rápidamente concebido.  
 Nunca feliz alumbramiento logras  
 Sin matar á la madre que le engendra.

TITINO. ¿Píndaro dónde está? Píndaro, escucha.

MESALA. Búscaló tú, Titino. Yo al encuentro  
 Del noble Bruto iré con la noticia  
 Sus oídos á herir. A herir, bien digo  
 Que ni puñal ni dardo envenenado  
 A Bruto punzarán cual esta nueva.

TITINO. Mientras que busco á Píndaro, Mesala,  
 Irte puedes. (Vase Mesala.)  
 ¿Por qué, valiente Casio,  
 Tus órdenes me diste? ¿Por ventura,  
 A tus amigos no encontré? ¿Mis sienes  
 Con estas hojas de laurel no ornaron,  
 Rogándome que á tí te las ciñera?  
 ¡Sus entusiastas gritos no escuchaste?  
 ¡Ay, falsamente interpretaste todo!  
 Mas ten esta corona que te ciño,  
 Que Bruto me ordenó que te entregara;  
 Cumplo así su mandato. Ven, oh Bruto,  
 Y cuánto quise á Cayo Casio mira.  
 ¡Dioses, con vuestra venia!—Cual Romano  
 Obraré.—¿Casio, quedará tu espada  
 De Titino en el pecho sepultada! (Muere.)

**Clarines.—Vuelve á entrar MESALA Con BRUTO, CATÓN**  
 el Joven, ESTRATO, VOLUMNIO y LUCILO.

BRUTO. ¿Dónde, Mésala, dónde el cuerpo yace?  
 MESALA. Vedlo allí con Titino, que lo llora.

BRUTO. Titino al cielo mira.  
 CATÓN. Yace muerto.  
 BRUTO. ¡Oh Julio César, fuerte todavía!  
 Vagando está tu espíritu, y diriges  
 Contra nosotros mismos nuestras armas.  
 (Clarines lejos.)

CATÓN. Al muerto Casio coronó Titino.  
 BRUTO. ¡Aun hallo dos Romanos cual vosotros?  
 Adiós, último tú de los Romanos.  
 Otro cual tú no ha de nacer en Roma.  
 Mas lágrimas le debo á este cadáver,  
 Que me veréis pagar, amigos míos.  
 ¡Pero, Casio, vendrá, vendrá la hora!  
 Su cuerpo, pues, que se conduzca á Taso;  
 Que en nuestro campamento funerales  
 No se le harán, pues nos faltara el brío.  
 Lucilo, tú; Joven Catón, al campo.  
 Labëón, Flavio, avancen nuestras tropas.  
 Son las tres. Renovemos la pelea  
 Antes, Romanos, que de noche sea. (vanse.)

#### ESCENA IV.

Las llanuras de Filipos.—Otra parte del campo.

Clarines. —Entran luchando SOLDADOS de ambos ejércitos,  
 después BRUTO, CATÓN el Joven LUCILO y otros.

BRUTO. ¡Resistid, resistid, paisanos míos!  
 CATÓN. ¿Y qué bastardo no? ¿Quiénes me siguen?  
 Proclamaré mi nombre por el campo.  
 Ved de Marco Catón al hijo. Vedlo.  
 Juez de tiranos, de su patria amigo.  
 Ved de Marco Catón al hijo. ¡Vedlo!  
 (Cargando al enemigo).

BRUTO. Y ved á Bruto. Marco Bruto es éste;  
 Bruto el amigo de su patria, Bruto.  
 (Vase, cargando al enemigo Catón el Joven, y dominado cae.)

LUCILO. ¡Joven Catón, noble Catón, caíste!  
 Cual Titino valiente, tú la gloria  
 Logras que cuadra de Catón al hijo.

SOLD. 1.º Ríndete ó mueres.  
 LUCILO. A la muerte sólo  
 Me rindo yo. Ten, pronta muerte dame.  
 (Ofreciendo dinero.)  
 A Bruto mata. Te honrará su muerte.

SOLD. 1.º No morirá tan noble prisionero.  
 SOLD. 2.º Plaza. Que sepa Antonio que apresado  
 Ha sido Bruto.

SOLD. 1.º                                   Llevaré !a nueva.  
Se acerca el General. Bruto está presa,  
Bruto está preso.

Entra ANTONIO.

ANTONIO.                               Dí, ¿dónde se halla?  
LUCILO.                               Antonio, salvo está. Bruto está salvo.  
Y contrario ninguno—te lo fío—  
Vivo podrá coger al noble Bruto.  
¡De oprobio tal los Dioses le protejan!  
Cuando hallarlo logréis, ó vivo ó muerto.  
En él el Bruto encontraréis de siempre.

ANTONIO.                               Bruto no es éste, amigos; pero presa  
De no menos valor. Aseguradlo,  
Pero tratadle con bondad. Ansiara  
Que mis amigos fueran tales hombres,  
No enemigos. Seguid, y ved si á Bruto,  
Vivo ó muerto, encontráis, y la noticia  
Luego á la tienda llevaréis de Octavio,  
Con cuanto más ocurra. (Vanse.)

#### ESCENA V.

Las llanuras de Filipos.—Otra parte del campo.

Entran BRUTO, DARDANIO, CLITO, ESTRATO  
y VOLUMNIO.

BRUTO.                               Venid y descansad sobre esta roca,  
Tristes restos de amigos que me quedan.

CLITO.                               Arder se vió la antorcha de Estatilo,  
Mas no volvió. Fué prisionero ó muerto.

BRUTO.                               Siéntate, Clito.—De matar se trata.  
Es una hazaña al uso. ¡Clito, escucha!  
(Le Habla en secreto.)

CLITO.                               ¡Yo, señor! Ni por todo el universo.

BRUTO.                               Basta. No más.

CLITO.                               ¡Mejor me suicidara!

BRUTO.                               Dardanio, escucha tú. (Le habla en secreto.)

DARDAN.                               ¿Yo hacer tal cosa?

CLITO.                               Dardanio.

DARDAN.                               Clito.

CLITO                               ¿Qué te ruega Bruto?

DARDAN.                               Matarlo, Clito. Míralo, medita.

CLITO.                               Precioso vaso de dolor repleto  
Que por los tristes párpados rebosa.

BRUTO.                               Aquí, Volumnio, ven. Una palabra.

VOLUM.                               ¿Qué me quieres, señor?



OCTAVIO. ¿Ése quién es?  
MESALA. El siervo de mi jefe.  
¿Dónde está tu señor?  
ESTRATO. Mesala, libre  
Ya de la esclavitud en que te hallas.  
Una hoguera y no mas sus vencedores

***Podrán hacer con él, porque vencido***

Solo por sí fué Bruto, y nadie logra  
Honrarse con su muerte.  
LUCIO. De este modo  
Se debe hallar á Bruto. Gracias, Bruto.  
La opinión confirmaste de Lucilo.  
OCTAVIO. A todo servidor de Bruto amparo.  
¿Me quieres tú servir?  
ESTRATO. Sí, si su venia  
Me da Mesala.  
OCTAVIO. Dásela, Mesala.  
MESALA. Dí de qué modo mi señor ha muerto.  
ESTRATO. Su espada tuve mientras él se hería.  
MESALA. Haz que te sirva, Octavio, quien ha hecho  
A su señor el último servicio.  
ANTONIO. Fué el más noble Romano de entre todos,  
Pues los demás conspiradores fueron  
Movidos todos de su envidia á César  
El, por nobles ideas impulsado,  
A ellos unióse para el bien de todos.  
Dulce su vida fué. Los elementos  
En él tan combinados, que bien pudo  
Orgullosa exclamar naturaleza:  
«Un hombre ahí ved», al universo entero.  
OCTAVIO. Honremos su virtud como merece,  
Cumpliendo con los ritos funerales.  
Esta noche sus huesos en mi tienda  
Reposarán con la guerrera pompa  
Del soldado.—Las tropas, pues, descansen,  
Y á dividir nosotros, si os agrada,  
Las glorias de tan próspera jornada. (Vanse.)

FIN DE JULIO CÉSAR.

**DIGITALIZADO POR LA VOLUNTARIA ERIS GARCÍA POSTIGO.  
MELILLA (ESPAÑA)**

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

